

Fogwill

**UN GUIÓN
PARA ARTKINO**



Lectulandia

Un guión para Artkino es uno de los textos más hilarantes de Fogwill, aunque bajo la aparente broma, bajo la carcajada, se encuentre mucha verdad nada cómica. Un escritor *despreciable*, llamado también Fogwill, escribe la obra de su vida, un guión cinematográfico, para el Hollywood soviético en un futuro-pasado donde Argentina y buena parte del mundo se han sumado a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas frente al resto de ese mismo mundo: los países capitalistas con sede en New York. En esa hipotética Argentina Socialista se lee *Pravda*, se fuma tabaco ruso y se conducen coches rusos, pero las traiciones son las de siempre: en apariencia políticas, pero en realidad muy humanas, es decir, más ligadas al carácter de los hombres que a las reglas políticas con las que tratan de organizarse: vanidad, pasión, celos, ambición.

Si en *Help a él*, el verdadero Fogwill reescribía «El Aleph» de Borges, aquí parece revisar —o sea, corregir, enmendar o reparar— novelas como *1984* de Orwell.

Lectulandia

Fogwill

Un gui3n para Artkino

ePub r1.0
jugaor 14.11.15

Fogwill, 2009

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A LA MEMORIA DE ANÍBAL PONCE,
VITTORIO CODOVILLA
Y EL GENERAL JUAN MANUEL ZAPIOLA ETCHEVERRY,
QUE SOÑARON LA ARGENTINA DE HOY

Nota del autor

UN guión para Artkino fue compuesta en 1977, o 1978, cuando ya nadie imaginaba la posibilidad de una Argentina Socialista. Las cosas pudieron haber sido distintas, pero fueron así. La corregí en 1982, y a comienzos de 1983 hice imprimir unas copias para los amigos. Todos perdieron las suyas y, antes o después, yo perdí el original: lo único que se pierde más rápido que la amistad son los borradores de libros. Por entonces no había discos rígidos que se estropearan, pero ya las amistades se *deleteaban* con tanta rapidez como ahora. De paso: quien encuentre una copia de *Memoria romana*, *La clase*, *Nuestro modo de vida* o *Los estados unidos* será recompensado con libros autografiados y con la dedicatoria de la primera edición, si apareciese alguien al estilo de Garamona, de la editorial Mansalva^[1], dispuesto a perder dinero con ellos.

Siempre habrá editores dispuestos a perder dinero en un mundo con tanta gente dispuesta a gastar dinero y tiempo leyendo y escribiendo.

Un guión para Artkino: fue bueno escribirla. Imaginar las historias del despreciable señor Fogwill, héroe del relato, me enseñó mucho sobre mí y sobre la condición del escritor en la opresiva Argentina. Capitalista o socialista.

Y fue bueno perderla: como todo lo que desaparece, la *nouvelle*, con su mezcla de ausencia y vaga memoria, fue rodeándose de la atmósfera del mito, a tal punto, que hasta a mí, al reencontrarla, me pareció mejor de lo que debí haberla juzgado cuando dejé que se extraviase.

Debí dedicar este libro al editor, crítico y escritor Luis Chitarroni. Él lo exhumó del fondo de sus pilas de originales no leídos. Pero como castigo por tantas obras y sueños de edición que se perdieron en su parva, sigue dedicada al general que en mi fantasía torció la historia de colonialismo y dependencia de la Argentina, y a dos figuras prominentes del también desaparecido Partido Comunista, esa suerte de Instituto Desmovilizador de Voluntades Bolcheviques que tanto gravitó en la política y en las finanzas de la Argentina hasta 1973.

Fogwill, 24 de noviembre de 2008

La misión

TENGO cincuenta y cuatro años. He llegado a mi madurez como escritor y como hombre y sé que no me quedan muchos años de vida productiva. Una década, tal vez un par de décadas y ya no podré dar a la literatura las energías que, sin pausa, he vertido sobre ella durante treinta años. Recién entonces descansaré. Después llegará la muerte como un suave remanso, una recompensa más sumada a la alegría de haber vivido el amanecer socialista de mi querida patria. Yo sólo espero que antes que todo concluya podamos festejar la hora en que la Gran Alborada Roja del Socialismo ilumine todos los pueblos de la Tierra.

Cada hombre tiene su paladín, su referencia e ideal de emulación. La mayoría de los escritores de mi patria, cuando buscamos un modelo, no podemos sino apuntar la figura de Borges, el genial ciego de Palermo. Hoy sabemos que, como muchos grandes escritores de su época, fue víctima de un sistema perverso que cercenó su obra hasta el extremo de minar su voluntad con la artera finalidad de distraerlo de sus objetivos democráticos y populares presentando en su digna figura la imagen de un escritor capitalista, soez y reaccionario. Amenazas, torturas, desprecio, allanamientos policiales e interferencias amparadas por su ceguera falsificaron los sentimientos patrióticos del maestro.

Mas él a todo supo anteponer el estoicismo y la confianza en una Argentina que tarde o temprano amanecería Soberana, Soviética, Libre, Justa, Proletaria y Socialista. ¡Cuántos vejámenes, humillaciones y tergiversaciones resistió en silencio...! ¡Cómo pudo anteponer su fe en el hombre que construirá el socialismo para sostenerse en sus heladas mañanas del Buenos Aires sin energía de la década del setenta...!

Por fortuna, la Sociedad Argentina de Autores y Escritores ha destacado una comisión de homenaje, que tras muchos años de trabajo ordenado rescató los originales del maestro y ha comenzado a publicar sus ediciones críticas, a medida que son retirados de la venta los textos apócrifos que los editores de su obra (la firma capitalista Emecé, que, se supo años más tarde, no era sino una división especial de la policía política del régimen) habían impreso profusamente para acentuar el dolor y el sufrimiento de los últimos años de la vida del genial Ehrenburg rioplatense.

A esta comisión de homenaje al camarada Borges, que preside el camarada Boris Ilich Fernández Ludueña, debemos la exhumación de la excelente novela *Horas proletarias*, que narra las alternativas de la represión al movimiento obrero en la Semana Trágica de 1917 y destaca el importante papel que junto al líder de los tipógrafos Francisco Real desempeñó el gran Vittorio Codovilla en la conducción de esas gloriosas jornadas. Por infidencia de algún colega supe que la maravillosa novela corta *Mañanitas metalúrgicas*, escrita en Palermo en la década del cincuenta, llegará a la prensa no bien los exégetas borgeanos concluyan el comentario de sus últimos capítulos. No dudo que la divulgación de esta obra traerá nueva luz sobre la importancia que el hijo de la camarada Leonor Acevedo ha tenido en los movimientos literarios clandestinos que, desafiando la cruel represión imperialista y oligárquica, florecieron bajo la conducción del viejo y glorioso Partido Comunista entre 1930 y 1996, año de la victoria.

Como escritor y como hombre no puedo sino compararme con el camarada Borges cuando tenía mi edad: cincuenta y cuatro años. Es 1953. Habita un pequeño semipiso que debe compartir con su madre, pensionada. No tiene mucama ni automóvil y ni siquiera ha soñado con vacaciones anuales y secretaria, que son las mínimas conquistas que requiere el trabajador de las letras. Su biblioteca es limitada. Hay estantes vacíos pues ha debido dejar sus colecciones de Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoievski, Ehrenburg y otros grandes de la literatura universal en una chacra alejada de Buenos Aires a cuidado de campesinos amigos, para protegerlas de la represión que se ensañaría con ellos como tantas veces lo hiciera con sus ejemplares en rústica de *El capital* y de *Materialismo y empiriocriticismo*.

Hoy, basta un sencillo trámite ante las autoridades, que la Sociedad Central de Escritores puede hacer por un pequeño arancel, para obtener autorización de consulta y portación de cualquier libro, aunque se trate de obras —como el caso de las ediciones apócrifas de la imprenta parapolicial Emecé— que falsean la realidad, la voluntad del autor y la naturaleza real del contraste entre capitalismo y socialismo, que no es, como dijera el camarada contraalmirante Eloy Rodríguez Usandivaras, sino el contraste entre lo inhumano y lo humano elevado a su máxima potencia por gracia del sublime despertar socialista.

Secretarías voluntarias a cargo de estudiantes, automóvil, vivienda digna, vacación anual, libre acceso a la información reservada a dirigentes: todas estas conquistas de los escritores, ganadas palmo a palmo a la oligarquía durante las luchas por la liberación, han dignificado y humanizado nuestro oficio, que hoy bien podría considerarse un privilegio. ¡Este oficio que para Borges no fue sino el calvario y la acumulación de sinsabores que lo arrastraron a la ceguera, la desesperación y la muerte...!

Imagino a Borges en una de esas reuniones de aristócratas a las que era invitado y a las que debía concurrir a riesgo de ser llevado por la fuerza de los esbirros de los magnates. Allí está el escritor, solo, en su rincón, exhibido entre pieles de cebra y

cabezas reducidas de gauchos, como un trofeo más de los dueños de la casa, a la espera del mozo que le extiende un pequeño bolso de celofán que ocultará entre sus ropas para llevar algo de los restos del festín a su madre anciana. ¡Pobre maestro en sus heladas noches de Palermo! Pero... ¡Qué ejemplo para todos nosotros, escritores de la patria Libre, Soberana, Justa, Liberada, Soviética, Armónica y Socialista! ¡Qué estímulo para emular! Vamos: ¡Camaradas de la Sociedad de Escritores, manos a la obra! ¡A producir y producir para agigantar la obra del socialismo y vengar en la carne de los enemigos de la victoria todos y cada uno de los sufrimientos de nuestro padre y maestro, el gran Jorge Luis Borges! Ése es nuestro deber. ¡En marcha, pues!

Las buenas nuevas

EL pasado lunes nos sorprendió el telegrama. Lacónico: «Guión Film 120 min. entrega 1/4/1998 artkino filmskvda. viv s. Amer. Stop. va anticipo», decía.

Por la tarde, como confirmación de nuestra esperanza, llegaba un cheque por 100.000 rublos-rublos, algo así como dos millones de pesos nuevos-nuevos. Jamás había recibido tanto dinero junto, y, según me informan en la sociedad de escritores, esta suma sólo liquida un veinte por ciento inicial de los derechos por el guión del filme.

En mi Banco no lo podían creer. Vi la expresión del cajero cuando corrió a la gerencia e informó el monto de mi depósito. Las letras doradas del cheque «artkino» seguían titilando en la pantalla del terminal de la computadora cuando el gerente me convidó con un café:

—¡Felicitaciones, camarada! —me dijo. Yo no era más un escritor de pacotilla, apenas conocido por notas en las páginas literarias de los domingos. Ahora era un cliente importante del Banco, un autor para espectáculos de todo el planeta: Artkino.

Hasta hoy, cuando una empleada nueva interrogaba sobre mi figura discreta y esmirriada, el viejo cuentacorrentista solía decir: «Un escritor...», y algo despectivo connotaría su voz. De ahora en más —y eso leía yo en la mirada del gerente, que iba de mis manos al repetidor de la *computer* y de allí a la agenda donde había recuadrado mi nombre— toda vez que alguien pregunte por mí dirán: «Ése es el camarada Fogwill, que escribe para Artkino», y ya los imagino haciendo con sus labios el gesto aprobatorio de quien ha comido un buen borsch y se sienta satisfecho a beber su vodka en un atardecer de invierno.

Gente sencilla, los camaradas del Banco forman una capa difícil de depurar de los vicios de la sociedad capitalista. Me ha dicho el camarada Soldati, que se está informando, pues le han encomendado un poema para el aniversario de la Asociación de Bancos, que en el Partido se considera necesaria la subsistencia de ciertas poses capitalistas para evitar un cambio brusco que podría afectar la fluidez del sistema financiero, tan necesario para la construcción del Nuevo Mundo. En este terreno, como en muchos otros, no siempre la línea recta es el camino más corto entre dos puntos. Y, a veces, un paso atrás equivale a dos pasos adelante, como sugeriría el

camarada Lenin a propósito de la política agraria, y como bien lo testimonia entre nosotros el colosal desarrollo de la industria farmacéutica autónoma incentivada.

Ya lo veis, el camarada Fogwill ha depositado su cheque en el Banco y sin que haya cruzado por su mente una sola idea de viajes, placeres o elementos de confort que semejante suma pone inesperadamente a su alcance, ha vuelto a su casa y ha echado manos a la obra. Así responde el camarada Fogwill a la confianza que en él ha depositado, a miles de kilómetros de distancia, la más grande y maravillosa industria del espectáculo. Porque el camarada Fogwill sabe retribuir con conciencia Revolucionaria y Socialista, y con madurez y disciplina, este desafío que lo enorgullece, no sólo porque las más altas figuras de las letras componen el cuerpo de asesores de Artkino, sino también porque concientiza que los lazos que unen a la productora con nuestra querida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas confirman que todo lo que pueda darle a su circunstancial cliente, lo estará dando también al pueblo que cargó sobre sus hombros el peso histórico de llevar la libertad a todos los rincones de la Tierra, y que aún hoy, cuando se pueden contar con los dedos los focos de resistencia capitalista del Atlántico Norte y Lejano Oriente, sigue empeñado en contagiar al mundo este amanecer, calzando sus botas de montaña, piloteando sus tanques, que lanzan el fuego sagrado de la libertad, dirigiendo desde el tablero sus misiles, que son mensajes del futuro, desarrollando desde el laboratorio más y mejores medios para el control de los reductos enemigos, desde la cátedra y desde las granjas del pueblo, que trabaja y da su vida por impulsar la gran alborada roja que acabará con la miseria de una vez por todas en la historia de la Humanidad.

El género

ESTA mañana intuí que el guión para Artkino debía instalarse en el género ciencia ficción. El público se entusiasma ante lo que procede del futuro, quizá porque esa improbable región del tiempo está impregnada de sus esperanzas. He consultado a directivos de varias distribuidoras cinematográficas y todos coinciden con mi apreciación: el público prefiere este género, y la prensa tiende a ser generosa en sus opiniones hacia este tipo de filmes. No sé por qué.

Sólo una vez incursioné en el género. Yo era joven, y el resultado fue un cuento breve, típico representante de una etapa febril en que había dado la espalda al realismo que las luchas de mis hermanos de clase reclamaban. No obstante, releendo ahora aquel pequeño texto, observo que brindaba, sin mayor conciencia, y —confieso— a pesar de mis objetivos de esa época, una descripción alegórica del carácter despiadado de la organización capitalista de la sociedad.

Éste es el relato que jamás publiqué, y que hoy, pasados veinticinco años, integro a la obra que documenta mis jornadas de trabajo sobre mi guión para Artkino:

El niño de piel lila sale del campo

La voz del supervisor interrumpió un instante la actividad del grupo de inducción treinta y ocho. Algunos niños miraron hacia los difusores de cuarzal que iluminaban el campo y repetían las instrucciones del ordenador de los ejercicios. El niño de piel lila aguardó unos instantes, fingiendo no haber escuchado o imaginando secretamente que había entendido mal una instrucción dirigida a otro. Las miradas de sus vecinos lo convencieron de que, en efecto, estaba eliminado: estaba eliminado. Se apartó de su puesto sin valorar en qué medida compadecían o censuraban esas miradas. Caminó hacia la salida cuando el juego comenzaba a recuperar su orden. Su paso perturbó a algunos segmentos del campo que vieron interferida su actividad por esa presencia no prevista en la rutina. Los ojos del niño de piel lila brillaban: quizás estuviese a punto de llorar. Casi lloró cuando fue amonestado por primera vez a comienzos de su Inducción y también en oportunidad de la segunda amonestación, durante la Inducción de Afectos. Esta tercera amonestación, que lo eliminaba definitivamente, era previsible. Algo falló y él había anticipado esta escena desde que las reglas fueron impartidas.

Al salir cometió su último error: sin advertirlo fue hacia el arco de los vencedores y un celador de aspecto cansado debió corregirlo interponiéndose en su camino. Los ojos del niño de piel lila seguían brillando mientras bajaba, lentamente, los primeros peldaños del arco de los eliminados y allí ningún celador lo detuvo, confirmando que jamás volvería a incurrir en faltas. Al llegar a la zona oscura de la escalera, el ritmo de su descenso se hizo más lento. Sus hombreras de cuarzal blanco apenas reflejaban la poca luz que llegaba desde lo alto y parecían pesar eternamente sobre la espalda del niño de piel lila, que se perdió en la oscuridad.

Algún valor ha de tener este cuento, que he llamado «El niño de piel lila» y

enviaré a Offset Leningrado para incluirlo en la próxima edición de mis obras completas.

En verdad no es mucho antecedente para quien se propone trabajar sobre el género ciencia ficción, pero imaginé que valía la pena incorporarlo a este documento. Por desgracia, poco he leído de ciencia ficción, aunque en oportunidad de la reinscripción de escritores en la Sociedad, debí realizar un cursillo de géneros paralelo a los cursos de formación ideológica, y tuve el placer de asistir a las clases del camarada Elvio Gandolfo sobre el tema. La monografía que presenté para mi promoción en el cursillo se titulaba presuntuosamente *Ciencia ficción: huida de la realidad de clase-anticipación del futuro mejor*, y hoy al releerla debo confesar que no era sino un ejercicio escolar, indigno de un hombre de cuarenta y cinco años que postulaba su candidatura de ingreso a la entidad rectora del quehacer literario de la Patria.

Es tan grande la distancia entre escribir literatura (que es escribir para escritores) y escribir un guión (que es imaginar para públicos) que no me sentiría mejor habilitado si en lugar de escoger ciencia ficción hubiese elegido algún género que domino por haberlo empleado en obras anteriores: sea la autobiografía, la exégesis o el panegírico.

En todo caso, toma forma —ya tiene forma de relato— el envoltorio del guión, esto que escribo a la espera de nuevas ideas para mi filme.

—Literato incurable... —dijo mi esposa cuando le conté al cabo de la jornada de ayer los pequeños avances de este trabajo que me lanza a una popularidad inesperada, que ya estoy detectando: mucha gente telefona no bien lee en su periódico la noticia de mi contrato para Artkino, que los representantes de la firma han difundido como gacetilla a través de su eficiente aparato de prensa. Parece mentira que logros tan importantes de una carrera de escritor como la publicación de mi *Obra escogida* y la edición de mi *Obra completa* que ha prometido Offset Leningrado, no impactasen a mis amistades tanto como la difusión de este contrato, que, paradójicamente, premia algo que todavía no he hecho, este guión, mi guión para Artkino.

21 de junio de 1994

HOY cumplí cincuenta y cinco años. Mi esposa me sorprendió durante el desayuno con un hermoso regalo y una carta de nuestro hijo menor, que estudia en Córdoba. Haré mecanografiar la carta por la voluntaria que copia mis trabajos:

Escuelas América Libre, Córdoba, 1976 / 1994

Querido papá:

Te escribo para desearte un feliz cumpleaños, y a la vez para felicitarte por el éxito de tu gestión en la URSS. Mis maestros me mostraron el recorte del diario con tu fotografía y la noticia de la adjudicación del contrato para Artkino.

¡Qué lindo es ser el hijo de un gran hombre! Estoy orgulloso de ti y mis maestros y compañeros te envían, por mi intermedio, fraternales saludos.

Cuánto me gustaría ser un hijo digno de ti, pero los test prueban que no seré escritor ni científico —lo sabrás por el último boletín informativo— y debo orientarme hacia la industria de manufacturas livianas. Si todo sale bien, aprobaré pronto el psicofísico para comenzar el próximo año mis prácticas rentadas en una fábrica cercana al colegio.

No es mucho, pero ésa será mi manera de servir a nuestra Amada Patria Socialista. A fin de año los visitaré, y si todo sale como espero pasaremos unos días juntos.

Saludos revolucionarios.

Tu hijo,
Gerónimo

Yo estoy orgulloso de mi hijo, como él lo está de mí. Acepta su destino con fe en la justicia revolucionaria, y la disciplina y el carácter que la escuela le está inculcando lo preparan para una vida feliz en la patria socialista.

A veces su abuela trata de apelar a mis influencias para lograr una mejor promoción del muchacho en la escuela, pero no sería justo con él ni con mis camaradas si lo hiciera. La carta que he recibido muestra su madurez —tiene sólo catorce años— y los logros de esta excelente escuela sobre muchachos como Gerónimo, hijos de escritores, científicos y dirigentes de masas, con los naturales conflictos que provoca la posición pública de sus mayores.

¿Qué ocurriría si supiese que su padre lo ayuda, a distancia, para aventajar a sus compañeros, alguno de los cuales merece lo que él, por ser mi hijo, podría obtener?

Se avergonzaría: me enfrentaría diciendo:

—¡Papá, no esperaba esto de vos!

Porque mi hijo es un muchacho del nuevo mundo que con tanto esfuerzo hemos

construido, y cualquiera sea el lugar que la sociedad le destine, si cumple su misión con la misma seriedad y empeño con que progresa en su carrera escolar, estaré siempre orgulloso de él y de lo que él representa: la Maravillosa Juventud de la Argentina Socialista de Hoy.

Real política

Mi esposa es una *realpolitiker* del arte: pragmática, simplona, ama pisar tierra segura, y sospecho que yo sería el mismo para ella si en lugar de escribir dirigiese un Banco. Desde que comenté que mi guión para Artkino iría «envasado» en un relato, aun antes de saber que el tema de mi filme sería El Futuro, según el género ciencia ficción, comenzó a conspirar contra mis planes, hasta el extremo de obligarme a poner fin a sus comentarios y saboteos, apelando a mi autoridad de esposo y escritor reconocido, cuando comenzó a buscar apoyo en una mecanógrafa voluntaria que reemplaza a nuestra Silvia, enferma de rubéola.

—Literato incurable... —dijo bromeando, pero después insinuó que los jefes Artkino considerarían mi guión una falta de respeto, que mi actitud era «informal», y finalmente preguntó a Claudio Di Paola, un escritor joven que nos visita muy a menudo, qué ocurriría si los directivos de Artkino pensasen que el relato que contendrá el guión es un intento por cobrar los derechos de autor del filme, y algún beneficio extra por publicar de los entretelones de su confección.

Di Paola, afortunadamente, restó chance a tal eventualidad y mostró que simpatizaba con mis planes de redacción.

No entiendo las razones de su repentino conservadurismo. Ha de ser la edad, o las conversaciones que mantiene a mis espaldas con algunas mujeres, esposas de solapados enemigos de la revolución. Algo me dice que sus temores expresan falta de confianza en nuestra patria: ¿dónde acabaría el arte de un país liberado si nuestras obras cayesen en la formalidad y la etiqueta, sólo justificadas en el caso de un funcionario administrativo, o de un gerente que debe cumplir su rutina y demostrar su apego a ella rutinizando su vida y sus emociones...?

Pero no es ése el lugar del escritor, del artista. El arte revolucionario debe crear, y la creación genera sus propios caminos. La creación, cuando está en buenas manos y es orientada por una conciencia proletaria que sirve a la patria, define sus propios rumbos y no transita jamás el surco abierto por la pluma de otro camarada. Yo trazo mi camino. Ésa es mi manera de servir a la revolución.

Di Paola está de mi parte. En cambio, la voluntaria que reemplazaba a Silvia de inmediato adhirió a la posición de mi mujer. Es una chica eficiente, aunque con poca

experiencia. Según el informe del Partido, es hija de una familia burguesa y sus padres se encuentran en vísperas de concluir la readaptación. Ella pertenece a la Juventud desde los doce años y siempre ha actuado como una camarada leal. Estudia letras y no comprendo cómo pudo terciar a favor de mi esposa. ¿Será una alianza de mujeres contra mí...? En cualquier caso, en el futuro seré más cauto en la administración del orden de mi hogar y en las decisiones del trabajo, tratando de amenguar mis exigencias y de mostrarme más tolerante hacia los errores de ambas, para ganarme su confianza y lograr de ellas un poco más de colaboración.

—¿Por qué demonios no puedes atenerte a lo que te pidieron...? —preguntó Rita, mi esposa, ayer por la tarde, cuando Di Paola se había marchado.

—Porque soy un artista, ¡qué carajo! —respondí, y reparé después que la voluntaria, desde mi estudio, nos estaba escuchando. Pero hubiese sido inútil disimular esa discusión: durante la mañana, aprovechando mi salida para un trámite municipal, Rita había consultado a la muchacha en el mismo tono alarmado con que se había dirigido a Di Paola durante la charla de la noche anterior. ¡Mujeres...!

Climas

Y PUSE «carajo». Hacía mucho tiempo que no empleaba una expresión soez en mis escritos. Tal vez haya sido el contrato de Artkino —esa suerte de espaldarazo profesional que he recibido de la mayor autoridad mundial de las artes y los espectáculos—, que me ha hecho sentir más libre para disponer de todos los recursos de nuestra lengua en un texto como el presente, que está destinado a ser impreso tarde o temprano, una vez que el filme coseche el mínimo de éxito de taquilla que los especialistas de mercadeo de la productora habrán previsto.

Pero mi esposa —que, debo reconocer, hoy ha estado menos agresiva que en los últimos días— no interpreta mi actitud de la misma manera y antepone a todo sus temores, su conservadurismo y su desconfianza irracional hacia las instituciones socialistas. Algo semejante ocurre con la voluntaria Verónica, y escribiría que lo comunicaré al Partido en mi informe semanal de tareas si no fuese porque es ella quien mecanografía y corrige mis escritos, y sería entonces la primera en conocer mi disconformidad hacia su tendencia a formular opiniones sin conocimiento de causa. ¿Me comprende, camarada Verónica García...? ¡Espero que esto le sirva de enseñanza para sus futuros destinos de secretaria!

Pero es un buen día: ha salido el sol después de una semana de llovizna y cielo plomizo, y mi ánimo ha mejorado al punto de sentirme capaz de enfrentar la opinión de todas las mujeres del mundo, de todos los escépticos del mundo y hasta mis propias dudas que por instantes parecen sumar fuerzas con aquellos que preferirían impulsarme a un trabajo estandarizado y burocrático. Soy un artista, y si la gente de Artkino demandase un guión estandarizado y burocrático no me lo hubiese encargado a mí, dirigiendo sus preferencias hacia alguno de los millares de redactores que contratan para la corrección de obras del pasado a las que se encuentra algún detalle digno de recuperar.

Hoy he completado la concepción de la obra. Estará ubicada en el año 2018, y por sus características será fácil de llevar al cine. No requiere la construcción de costosas maquetas de naves espaciales o macrociudades ubicadas en planetas lejanos. Material de archivos y piezas de museo podrán ambientar las tomas exteriores mediante un sencillo recurso que he ideado, y que relataré cuando el retorno de Silvia, pues esta

tarde me informaron en el Partido que se ha repuesto de su rubéola y el próximo lunes ya la tendremos con nosotros. Hoy es viernes: mañana y pasado descansaré en nuestra dacha de Pilar y el lunes pondré manos a la obra.

El marco histórico

LA acción del filme transcurre en el año 2018. Eliminados los focos de resistencia capitalista enquistados en el Atlántico Norte y el Extremo Oriente, el mundo marcha hacia la unidad. Por conveniencia de las vías de aeronavegación, se ha fijado la ciudad de Moscú como centro de Trabajo de la Comisión Federativa que analiza la modalidad que por un período de tres o cuatro generaciones adoptará la organización internacional.

¿Qué importa el plazo de una vida humana cuando los hombres hemos puesto fin a la historia, que no era sino la historia de la lucha entre sectores arbitrariamente diferenciados en el seno de cada sociedad?

Se ha fijado el año 2103, año del centenario de la liberación del último pueblo sometido a la injusticia capitalista, como fecha límite para la vigencia de la uniformidad de las lenguas, prohibiéndose de allí en más la escritura de textos en dialectos locales, salvo que se los emplee para el estudio de la lingüística. El uso oral de localismos o lenguas parciales e imperfectas será limitado a partir de entonces, salvo que resulte imprescindible para representaciones escénicas, y dos millones de instructores serán entrenados para facilitar la adaptación de todos los pueblos del mundo a la asimilación de la lengua universal.

Atendiendo a esta resolución, en mi filme no se hablará español corriente, procediendo a recuperar giros del español antiguo y localismos del Río de la Plata, de pueblos de Hispanoamérica, y variaciones erráticas del castellano, como el catalán y el ladino, se incorporarán a los parlamentos para mostrar, de ese modo, la relatividad de una lengua que por resolución mayoritaria de la comisión de lenguas del Congreso Mundial Federativo, deberá desaparecer en el plazo de un par de generaciones para favorecer la rápida difusión del idioma universal, que sobre el modelo del ruso —la lengua más perfeccionada y musical— adopta algunos términos de raíz griega, latina, inglesa y francesa, a efectos de construir una semántica precisa.

Para terminar con las diferencias entre naciones, fundada en la mayoría de los casos en una serie de arbitrariedades cuyo único objetivo era encubrir la explotación de unos pueblos por parte de otros, el Congreso Mundial Federativo encomendó un profundo análisis a una comisión especial que funcionó anexa a la Comisión de

División Interregional del Trabajo y en estrecho contacto con la Comisión de Lenguas.

Después de un largo estudio, seguido de discusiones donde todas las ponencias de los participantes fueron consideradas, la comisión recomendó la propuesta del sociólogo Gil Wolf, joven brillante, ex inglés, que realizó su formación académica en la metrópoli (ex URSS). Bajo el aspecto de una sencilla receta, tomada de la particular organización clánica del pueblo celta, el modelo de Gil Wolf contiene una serie de medidas que se han probado como las más eficaces para acabar de una vez por todas con la arbitraria diferencia entre países.

Según recomendara Wolf, se procedió a sortear para cada uno de los ciento setenta y seis países (Francia, Italia, Uganda, etc.), y para las ciento cuarenta y ocho comunidades que desde hace siglos reclaman su independencia (Corrientes, Irlanda, el País Vasco, y dentro de éste el territorio navarro, etc.), una prerrogativa y una prohibición. Así quedan diferenciadas las nacionalidades, tal como hace siglos los primeros pobladores de las islas británicas diferenciaban a sus clanes.

El modelo tiene un fundamento empírico: la distancia de tiempo entre clanes, estimada para el estado de las vías de comunicación y los medios de transporte de la época de su temprana vigencia, era semejante a la distancia —nunca mayor de seis horas— que en el estado actual de los transportes separa los distintos conglomerados humanos, que siguen obstinados en reivindicar su estatus de nacionalidades.

No bien fueron difundidas las listas de prerrogativas y prohibiciones, muchas nacionalidades manifestaron, por medio de sus representantes, su temor a la eventual manipulación del sorteo por parte de sus enemigos de antaño. Por ese motivo, las listas fueron difundidas durante largo tiempo y el sorteo se realizó cuando todos los delegados al congreso mundial manifestaron acuerdo y confianza en la imparcialidad de los procedimientos. Se sorteó en primer término un orden de prerrogativas, después un orden de países y, finalmente, otros dos sorteos ordenaron las prohibiciones y determinaron a qué país correspondería cada una de ellas. Los resultados, como siempre ocurre, trajeron una serie de disputas y objeciones que nunca alcanzaron (y de ahí mi caracterización de «genial» al modelo de Wolf) el grado de intensidad que en el pasado tenían las discrepancias entre naciones, por próximas o litigiosas que fuesen sus fronteras.

Los ex argentinos padecemos algunos inconvenientes para administrar el resultado que nos tocara en suerte. Nuestra prohibición (teñir el cabello), fue dura de asimilar por parte de la población femenina, y también por algunos jóvenes varones del grupúsculo trotskista-gay, que aún desde la clandestinidad sigue manejando sus oscuras redes de influencia. No obstante, a pocos meses de la difusión de los resultados del sorteo se consideró que el país estaba administrando su prohibición con el nivel de eficacia esperado por Wolf y su cuerpo de asesores.

Más difícil fue para los ex argentinos administrar su prerrogativa.

El saber de la historia

MÁS difícil fue para los argentinos implementar la prerrogativa que nos concedió el azar. Se hizo necesario reclamar la asistencia de un grupo de colaboradores de Wolf y formar una comisión regional para analizar las consecuencias que una u otra reglamentación de la prerrogativa pudiesen acarrear.

«Conservar libremente el pasado histórico», tal la gracia que pocos supieron comprender en su verdadero alcance al ser comunicado a la opinión pública el resultado del sorteo. Naturalmente, Wolf, al crear esa prerrogativa, quería señalar que todo aquel que no habitase en la región correspondiente al ex país que la obtuvo en el sorteo quedaría limitado en su posibilidad de conservar o rendir culto al pasado histórico. Pero esa consideración poco importaba a los ex argentinos, más preocupados por saber qué hacer con ese inesperado regalo de un pasado, a todas luces inútil para un conglomerado social domesticado durante siglos para una demencial carrera hacia la modernidad.

La comisión demoró dieciocho meses para expedirse y todas las voces se alzaron para orientar a favor de una u otra tendencia los resultados de su dictamen. Quienes pretendían que la reglamentación de la prerrogativa llevase agua para sus molinos sectoriales, y quienes pretendían que la reglamentación fuese un chirle compromiso entre la norma y el *statu quo* (tal la propuesta de varios sindicatos de limitar la conservación del pasado a unas réplicas del estilo *art nouveau* insertadas al azar en las grandes ciudades), se vieron defraudados por la inteligencia con la que la comisión resolvió el problema. En rigor, su dictamen implicaba la inserción, dentro de la realidad contemporánea, de «cuñas» del pasado que sugiriesen que la historia estaba en permanente proceso, pero que algunas de sus formaciones se conservarían para siempre. Fueron escogidos los siguientes elementos a conservar:

I. El ferrocarril administrado por ingleses en forma privada (lo que determinó una proliferación de postulantes de origen inglés e irlandés a los cargos directivos).

II. La figura del general Roca (que exigió la caracterización de un actor profesional y varios suplentes, que se rotarían cada diez años en la representación de la figura del conquistador de las fronteras).

III. Las tribus indígenas, tal como existían hacia fines del siglo XIX, lo que exigió

la contratación de mestizos de ex Bolivia y ex Ecuador, ante los magros resultados que para ese tipo racial arrojara el censo de 1990.

IV. Las luchas por el desierto, destinándose una región de ciento veintidós mil hectáreas como tierra de nadie para que soldados e indígenas luchasen por ellas con sus armas de época.

V. Los trágicos enfrentamientos obrero-patronales sucedidos entre 1917 y 1976, para lo que se destinaron comparsas y divisiones especiales bien remuneradas y una amplia franja urbana entre la zona de Plaza de Mayo y Barracas, lindera al río e incluyendo el puerto seco y sus dársenas b, f, g, h y l.

VI. El organillero, las negritas que venden pasteles, la carreta que llevaba la imagen de la Virgen de Luján, el cultivo y el culto de la yerba mate y el estilo campero de puntear la guitarra. En lo que respecta a los roles de negrita, payador, organillero y mayoral, se resolvió que hubiese en funciones un ejemplar de alguno de ellos cada quince mil habitantes, satisfaciendo de ese modo por igual a todos los barrios de las ciudades y hasta las ciudades más pequeñas del país, sin encarecer demasiado el costo social de la administración de esta prerrogativa.

Es asombroso cómo unos pocos elementos, cuyo costo apenas incide en la distribución del ingreso de un ex país, pueden modificar el modo de vida de sus habitantes y enriquecer su potencial turístico. Tal es resultado de la puesta en marcha de la administración de la prerrogativa correspondiente a la ex Argentina. Dudo que la prohibición de teñir cabellos haya tenido un efecto notable, y si lo tuvo, en el relato de mi guión no fue percibido entre tantos cambios que produjo esa «cuña de la historia» (a decir de Wolf) insertada en la realidad del ex país.

Vida de familia

Mi esposa calificó de «ingeniosa» la idea que he atribuido a Wolf para diferenciar a las ex naciones del futuro según un sistema arbitrario de prerrogativas e interdicciones. Sus intentos para modificar mi plan, transformando mi obra en un guión insulso, no han cesado, pero ahora actúa más sutilmente. Han amainado sus reproches y espera a la sobremesa para lanzar sus dardos contra mi plan de trabajo.

Pareciera que cuanto más confío en mis ideas, más vacila ella, como si no temiese tanto un improbable rechazo de Artkino como que yo me identifique con mi obra. Es posible que paralelamente, cuanto más ella y algunos camaradas discrepan con mi enfoque del tema (la mayoría de ellos, debo reconocerlo, con la mejor intención de ayudarme, puesto que son camaradas honestos y leales, sin sentimientos mezquinos), más me convenzo de que marchó por el buen camino. Tal vez tengan razón, y yo sea víctima de un espejismo: no sería la primera vez que trabajo durante una quincena o un par de meses y mi obra me desborda y me impide tomar la distancia necesaria para valorarla en todo su alcance. Pero esta vez algo me dice que el guión, o mejor dicho, la obra donde voy a integrar mi guión, no adolece de aquello que hace veinte años tuvo mi Efecto de Realidad, y que no hace tanto, en 1992, volvió a ocurrir con *Ciencia única*. Cada línea que escribo, corrijo, y las voluntarias pasan en limpio, la siento pesando como definitiva. Es un presentimiento, o una intuición, pero en estas cuestiones, las chispas de percepción, que parecen dictadas por una anticipación del futuro —y siento que esta obra en el futuro será muy importante para mi carrera y para las letras de la patria en general—, son en rigor un resumen que nuestra conciencia procesa con una rapidez que escapa a nuestra capacidad de registro, así como escapa a las posibilidades de su registro la digitación en una mecanógrafa o en un violinista, la conjugación de los verbos para el escolar o el diagnóstico de una enfermedad a partir de sus síntomas en un práctico clínico, hechos asombrosos que no dejan de fundamentarse en las más rigurosas reglas lógicas de la ciencia materialista. Ocurre algo semejante con el lector de la novela: él ignora la cantidad de relatos que fueron escritos y descartados antes de optar por el párrafo que los sintetiza, y sin embargo, al leer ese párrafo, si ha surgido de una pluma educada y tocada por los dones del arte, recibe todo aquello que el autor descartó en un supremo

esfuerzo de síntesis, y sus posteriores comentarios lo sorprenden, porque detalles omitidos por economía y períodos del tiempo que el relato obvia para mejor manejo de la tensión dramática son imaginados por el lector tal como los describió y narró el autor en esas páginas que jamás fueron impresas.

La ciencia materialista puede explicar estos fenómenos a partir de la dialéctica de los procesos de vigilia y de sueño, analizados sobre el modelo científico de la Teoría General de los Reflejos Condicionados. Los espíritus simples ven en estos fenómenos de taqui-percepción o meta-comunicación la operación de algo «mágico», y no pueden explicarlo, porque no toleran el esfuerzo intelectual de descomponer el proceso de comunicación en sus piezas materiales, o porque desean con fervor sostener su creencia en entidades «inexplicables». Estos últimos son los aliados del oscurantismo, que necesita conservar un área de la realidad material bajo las sombras, calificándola como inaccesible o inexplicable, para depositar en ella el conjunto de mitos e irracionalidades sobre las que sostienen sus falacias los partidarios de la vieja sociedad.

Por fortuna, la iglesia ha comprendido esto, y en su encíclica magistral *De Rerum Irreversibilum* el Pontífice ha puntualizado el área de acción del saber religioso como ajena a estas cuestiones de interés mundano (el mundo material, incluyendo las civilizaciones que a él pertenecen), y ha llamado a su grey a rechazar cualquier promoción de ideas oscurantistas, por tan opuestas al espíritu católico como a los intereses de la construcción de una sociedad mejor.

Lamentablemente, algunos católicos no comprenden el alcance de la enseñanza del Santo Padre y son llevados por la seducción de teorías retrógradas a integrar las Verdades De La Fe al sistema terreno de la Verdad Científica, perjudicando no sólo los intereses de la comunidad y del desarrollo del saber objetivo, sino también la Tarea Espiritual de la Iglesia, cuyos postulados, que no compartimos, son respetables y merecen nuestra simpatía en tanto apoyan la misión del bien común de todos los partidos del orbe.

Silvia me ha hecho notar que el párrafo anterior repite casi textualmente el documento que el general Dorio Caparrós dio a conocer hace un par de años, y que fue difundido en todos los medios del país. Se refiere probablemente a la conferencia sobre la complementación entre fuerzas revolucionarias y fuerzas religiosas en la misión de estimular la convivencia, que posteriormente fue publicada por la División Información Pública de la Junta de Gobierno bajo el título *Iglesia y Partido. Dialéctica de las contradicciones no antagónicas*. En este excepcional resumen de ideas, enseña el general que toda contradicción ideológica que no sea producto —o pantalla— de una contradicción de clase, debe ser asimilada en el seno de la Sociedad Plural Socialista sin temores, en tanto su discusión fortalece a los partidarios de una y de otra doctrina, y permite llegar a la síntesis en la cual diferentes visiones de la realidad, que no expresan contradicciones de intereses de clase ni privilegios, se integran en consignas comunes, tal como la lanzada por el Consejo Central de

Obispos y Padres Cristianos en la asamblea conjunta con el comité central del Partido: «¡Construir desde ya!».

Estamos construyendo. Mi esposa, ordenando la vida del pequeño grupo de personas que gravita en nuestro entorno —el personal de la casa, los chicos y nuestros padres— y activando en la comisión de vecinos que administra la cooperativa de abastecimientos. Yo, escribiendo, creando para el bien común y abriendo nuevas sendas espirituales para acercar consuelo, reflexión, entretenimiento y educación al pueblo. Silvia, que ahora reproduce mi texto integrando los resultados de un sencillo trabajo intelectual a la compleja cadena de producción de libros y espectáculos, que reclama tantos cuidados como cualquier proceso industrial, construye a su manera. Como dijera el brigadier Mandelbaum: «Todos estamos construyendo».

La voluntaria Silvia ha llegado ayer, respuesta de su rubéola. La vi desmejorada, pero el alta médica y el descanso de estos días de convalecencia —me ha dicho— la han preparado para trabajar mejor en nuestra misión. Diferente de Verónica, pone empeño y lealtad en su trabajo. Sabe que su misión es importante, y que después de su lealtad al Partido y a las Juventudes del Partido sólo me debe lealtad a mí, su jefe en estas horas de trabajo voluntario, y se comporta en consecuencia. Fue gracioso: escuché que gritaba «¡Fogwill! ¡Fogwill...!».

Era la primera vez que no me llamaba «camarada Fogwill». Corrí al estudio donde estaba copiando el capítulo anterior y la encontré exaltada:

—¿Cómo supo...? —me preguntó. Y yo, que había notado cambios en ella, no alcanzaba a entender el motivo de su exaltación. ¡Había teñido su cabello, y en su primera jornada de trabajo debió de copiar esa página escrita un par de días antes y que evité entregar a Verónica, sobre la prohibición de teñirse el cabello...! Yo también sentí que algo había ocurrido y me esforcé por dilucidarlo junto a ella. Le pedí que preparase un té y la invité a la sala de la casa:

—¿Cómo adivinó? —volvía a preguntarme.

—No adiviné. Fue una casualidad... —dije.

—Pero ¿cómo puede ser...? ¿Usted sabe, camarada, que las camaradas de la sección femenina de la juventud me criticaron, y señalaron que al oscurecer mi cabello yo... no sé... ¡quería ser diferente...!?

—Pero eso no tiene nada que ver con nuestra casualidad —le dije.

—Pero... ¡Se da cuenta que querían prohibirme que lo volviera a hacer...!

—Cosa de muchachas. No hay motivo para prohibir que una chica elija su color de cabello, si esa natural coquetería... Si esa cosa natural, femenina, no encubre una intención de establecer privilegios...

Entonces, con sus palabras, Silvia me explicó que sus camaradas sostenían que la moda de teñir el cabello de colores cobrizos y oscuros era una tentativa por establecer diferencias físicas con los pueblos más avanzados, y que encubría un intento reaccionario por sobrevalorar el tipo racial criollo. Yo consideré la alternativa y me

pareció una frivolidad de muchachas envidiosas, que se disputan la conquista de algún pionero o de algún joven y apuesto instructor de lenguas recién llegado de Moscú, y le dije:

—Camarada, le doy mi palabra de treinta años de militancia revolucionaria que nada puede haber contra su libre elección de color de cabello.

Eso la tranquilizó. Observé que el cabello oscuro provocaba un efecto de palidez en su rostro, y le señalé que por la mañana la había notado desmejorada, pero que ahora entendía que era un efecto de su nuevo color y de su nuevo peinado, y que tal vez necesitara maquillar su rostro para compensar la palidez que los cabellos oscuros derramaban en su rostro. Entonces me preguntó si podía trabajar maquillada y le dije que sería un placer, que tanto yo como mi familia sabíamos apreciar la belleza de los jóvenes, y que una muchacha mejor arreglada trabajaría, sin duda, con más seguridad en sí misma... ¡Qué muchacha! Corrió al baño de servicio de la casa con su cartera y en un par de minutos regresó con un leve tono cobrizo en sus mejillas, y con los ojos apenas acentuados en sus rasgos moriscos. Parecía una mujer de veinticinco años.

—¿Qué edad tiene, camarada? —le pregunté.

—Diecinueve, señor Fogwill —respondió, mientras ponía en marcha su máquina de escribir.

No me agradó que me llamase «señor». Suelo escuchar este aditamento cuando hablo con dependientes de comercio o con empleados de la editorial. Sé que a menudo, en gente mayor, el uso del término es una prueba del fracaso a su adaptación a las nuevas formas francas y revolucionarias de la vida social, justificado por los hábitos, la rigidez y el deterioro de las funciones intelectuales, que ha quedado en ellos como resultado de la propaganda y de la estupefaciente vida de la sociedad capitalista. Pero cuando lo escucho en gente joven, temo que este retorno del pasado, en lugar de manifestarse como a veces ocurre —yo mismo vuelvo al pasado empleando giros tomados de la literatura gauchesca—: un respeto sano hacia la tradición, encubre un intento por establecer una distancia o una complicidad, según los casos. Esta vez sentí que la camarada Silvia quería decirme: «Camarada, le diré señor para hablar fuera del Partido», como si hubiese una posibilidad en nuestra relación que no pasase por el Partido, que la ha destinado a esta función. Traté de decírselo, pero resolví que no sería oportuno hablarlo el segundo día después de su convalecencia —lo tomaría tal vez como una crítica a sus faltas—, y lo dejo en el manuscrito que ahora está copiando para integrarlo en el proceso de producción material del libro: tal su misión, camarada Silvia. ¿Comprende...?

Prerrogativas

CREO que tampoco mi esposa había percibido cambios en el cabello de Silvia, aunque esta mañana, cuando abrió la puerta, pues la empleada de la casa atendía a los niños, y yo estaba leyendo la edición internacional de *Pravda*, escuché que en respuesta al «Buenos días, camarada» de la muchacha exclamó:

—¡Camarada...! ¿Ahora se pinta?

—Sí, sí, señora —creí escuchar que enfatizaba la voz de Silvia—, estaba muy demacrada por la fiebre, y éste es un cosmético de Industrias Quilmes que me recomendó el médico de las Juventudes para cuidar la piel... Tengo la piel sensible, ¿sabe...? ¡Cerca de casa hay muchas fábricas y los residuos me provocan alergia...!

La camarada Silvia no sabrá, hasta el instante en que su trabajo reproduzca mi manuscrito, que yo asistí asombrado a esa conversación. Involuntariamente en un comienzo, después con verdadera curiosidad. Declaraba mi mujer:

—Yo pienso que una estudiante joven sólo debiera pintarse para una fiesta o cuando va al teatro o al ballet con su novio. ¡Ha de haber algún producto que le permita proteger su piel sin darle ese aire frívolo que la favorece muy poco, querida camarada! Le hablo como amiga... ¡No sé qué dirá mi esposo cuando la vea...!

—Señora... —preguntaba la muchacha—, ¿cree usted que él lo considerará mal...? ¿Le parece que será mejor que me quite el maquillaje antes de verlo?

—No... Pero si él se enoja, dígame que me consultó antes de hacerlo... Yo después lo convengo para que sea un poco comprensivo... Pero...

—Gracias, camarada.

—Pero... —proseguía mi mujer—, le diría que cuide un poco estas cosas, no por nosotros, que somos familia de artistas... Pero no sé cómo lo tomarían en otros lugares...

—Sí... Ya hubo problemas en la Universidad y en una reunión del círculo de la Juventud, pero lo estamos discutiendo con los líderes y quisiéramos llegar a una definición...

—¿Para qué? —mi esposa parecía interesada.

—Porque no puede ser que las muchachas de afuera del Partido vistan mejor y se arreglen y sean más atractivas que nosotras... Eso no favorece a las Juventudes, y

muchos camaradas corren tras mujeres que, por estar fuera de la Juventud y de las tareas del Partido, se arreglan como actrices de televisión. Si hay justicia... ¡que haya justicia para todos!

—En eso tiene razón, camarada —dijo mi esposa—, pero pienso que las muchachas como usted debieran ser un ejemplo para las demás.

—Es que a veces los ejemplos no sirven... Pero gracias, señora...

—No tiene que agradecerme, la comprendo muy bien, querida camarada. Y si en su círculo la autorizan, por mi parte convenceré a mi esposo para que pase por alto su arreglo personal en sus informes al Partido. Tendré que explicarle lo que pasa con la Juventud... ¡Él está tan alejado de todo...! La literatura lo absorbe... Ni sabe lo que pasa afuera.

—Sí —dijo riendo con franqueza Silvia—, a veces no entiende nada de lo que pasa afuera.

—Es porque vive para y por la literatura. ¡Está encerrado en su mundo! Pero yo le explicaré, pierda cuidado... —ahora reía.

—Gracias, señora.

—No tiene nada que agradecerme, camarada. Voy a ver qué están haciendo mis chicos...

Se despidieron, había ganado Silvia. No hay duda: mi esposa es una buena mujer, vive para el trabajo de la familia y para nuestros hijos. No aceptó ingresar en el Partido y sin embargo los camaradas de la zona tienen un muy buen concepto de ella. En los informes periódicos señalan su ejemplo de disciplina y lealtad revolucionarias, por los trabajos que realiza en la cooperativa de abastecimiento de la vecindad y por la colaboración que en muchas oportunidades ha prestado al Partido en tareas que sólo una persona apartada de la organización puede brindar, tales como el mantenimiento al día de los informes zonales de Opinión Pública.

Reconozco que Silvia se comportó con discreción y habilidad. Después de las primeras manifestaciones de mi esposa podía haber hecho su descargo citando nuestro diálogo de la tarde anterior, sin embargo, optó por relevarme de responsabilidades, asumiendo su arreglo y su maquillaje como si hubiera sido producto de una decisión inconsulta.

Pero ahora lamento no haber informado a mi esposa la charla con Silvia de la tarde anterior. Anoche, cuando comencé a contarle mis avances del día, no bien rozamos el tema de mis reflexiones sobre la convergencia entre las religiones superiores y los intereses del Partido, caímos en la discusión de los episodios del domingo, cuando la secta latinista intentó copar la plaza General Mosconi para realizar su misa de campaña. Por fortuna, horas antes, informados por alguna vía, los jóvenes de la Acción Católica, y los seminaristas del Centro de Formación Pastoral Camilo Torres ocuparon la plaza, y los organizadores de la provocación, encabezados por el delirante cardenal Craviotti y sus secuaces, fueron despachados con una buena paliza. Muchos de ellos andarán ahora rezando en latín en algún cuartel de provincia,

donde los esperan unos buenos meses de encierro para reflexionar.

Las opiniones de mi esposa oscilan entre ambos extremos, y por momentos observo que no sólo cambia de posición a lo largo de un diálogo, sino que puede adherir, en un mismo momento, a dos posiciones antagónicas. En esto me recuerda a los freudianos que abundaban por aquí hace un par de décadas:

—Son agentes de espionaje norteamericanos —dijo refiriéndose a los sectarios latinistas excomulgados.

—No hay que ser tan esquemática —dije—. Entre ellos —trataba de explicar— hay gente confundida y engañada. Estas sectas se nutren de descontentos, gente que pertenece a sectores o a familias cuyos privilegios fueron aplastados por la revolución, y así unidas expresan su disconformidad hacia el nuevo orden. Pero creen en lo que hacen y no todos son conscientes de que su actividad es reflejo de su inserción social.

—¡No es cierto! —protestó ella—. Hay obreros, hay inmigrantes brasileños entre ellos... ¡hay desocupados!

—Y bien —le dije—, eso prueba que el grupito latinista canaliza sectores descontentos, que con el tiempo, cuando la revolución los haga partícipes de sus frutos, se irán adaptando...

—Menos mal que ahora están presos...

—No se van a curar por estar en un cuartel. Al contrario, eso los une y los fortalece... —trataba de explicarle.

—Y qué... ¿Hay que matarlos entonces? —dijo a punto de convencerse, y sé que si yo decía que «sí», diría que hay que matarlos, pero que pasados algunos minutos afirmaría que no se puede encarcelar a la gente por rezar en latín, olvidando que los detenidos están en el cuartel por congregarse en un lugar no autorizado, intentando realizar provocaciones, y no por rezar. Anticipando esta posibilidad le dije:

—No hay que matarlos. Hay que trabajar para ubicarlos en un lugar, o para que la sociedad pueda darles algo que sustituya lo que han perdido...

—Más a mi favor —respondió—. Eso es lo que yo digo...

Era inútil. A causa de este diálogo y de los esfuerzos que debí administrar para controlar la irritación que me provocan las contradicciones de Rita, no pude contarle mi capítulo anterior, que incluía esa cita para Silvia. Teníamos sueño y transmitían en directo el Bolshoi. Conecté el televisor pequeño en nuestro cuarto y ella lo habrá apagado, pues desde la mitad del segundo acto del ballet no recuerdo su desarrollo: debí de quedarme profundamente dormido.

Los mitos

LAS contradicciones de mi esposa se manifiestan en sus palabras, nunca en sus actos. Al iniciar nuestro matrimonio creí que era un juego: después verifiqué que no, que así era su naturaleza, contradictoria. Pienso que si se hubiese integrado al Partido, la formación y la práctica revolucionarias la habrían familiarizado con el manejo de las ideas, grabando en ella la norma de no contradicción que es una conquista de la Humanidad a la que lamentablemente no ha accedido. Su conducta, en cambio, es recta como la trayectoria de un Tupolev 88. Tal vez de allí provenga el aprecio que le demuestran los camaradas del Partido, que jamás dejan de considerarla como una ciudadana de valor a pesar de no pertenecer a nuestras filas. Ahora pienso que para nuestro matrimonio ha sido una decisión feliz mantenerla fuera de las misiones. Si hubiese ingresado al Partido, en la actualidad sería una dirigente, nadie cuidaría de la casa ni de mi ropa, los niños sufrirían su ausencia y, posiblemente, nos hubiésemos divorciado, como muchos matrimonios revolucionarios en los que, construida la pareja sobre sólidas bases bolcheviques y sacramentada la unión por el amor más sincero que es dado hallar, fueron minados por esa suerte de burla a la ley natural que es la delegación del cuidado de los niños a terceras personas para satisfacer una vocación de poder que a menudo eleva a las mujeres por encima de sus esposos. Sin duda, eso hubiese ocurrido con Rita si ella hubiese aceptado la invitación a ingresar en el Partido que tantas veces le formularon.

Rita es intuitiva, como yo. Pocas veces se equivoca y estoy seguro de que esta idea que ha tomado en contra de mi plan de trabajo es un error causado por la desconfianza en la sociedad socialista que inculcan mujeres de familias retrógradas de nuestra cooperativa de abastecimiento del Barrio de Escritores y Artistas. Le he expuesto mi plan. Y he quemado horas aclarándole una a una las funciones del modelo de obra que en pocos meses presentaré a Artkino en español.

Los guionistas, que no en vano han cursado diez años de estudios de cinematografía en Moscú, trabajarán sobre mi obra. Toda esta larga introducción que describe el autor, su mundo, las condiciones en las que produce su obra, los pequeños accidentes cotidianos que generan ideas, no por espontaneidad mecánica, sino porque ponen en movimiento dialéctico una suma de experiencias materiales acumuladas en

la memoria, no es, como quisiera creer Rita, una divagación, un relleno, o una provocación a quienes tan generosamente me han contratado, sino un aporte a los trabajadores del cine, que con estos datos podrán desarrollar mejor el clima que el filme debe imponer a sus espectadores.

La primera parte de la obra se extiende durante setenta y cinco páginas. Las primeras veinticinco, hasta la fijación del marco histórico, son una definición del autor. Al conocerlo trabajarán mejor los técnicos para expresar lo que el autor quiso, sus móviles, sus objetivos, su idiosincrasia. Más adelante, hasta la página treinta y cinco, se define el marco histórico. Y posteriormente, se anecdotiza —es esta parte de la novela— la cotidianeidad del autor, para que puedan ver las escenas del filme con los ojos del autor de la obra en un acto de «comprensión», para expresarlo con un término acuñado por los filósofos idealistas. Usar este concepto tomado de Jaspers, no implica adoptar los postulados irracionales y antipopulares que le dieron origen. Al decir «comprensión» [*Verstehen*] me refiero al instante dialéctico de consolidación de la idea —reflejo material—, que sintetiza la contradicción entre la conciencia y la práctica material en una unidad. Si excluyese la realidad, sería, como Husserl, como Jaspers, como Massuh, un reaccionario idealista. Pero yo no puedo excluir la realidad, la realidad me penetra por vocación, por experiencia, por destino y por disciplina revolucionaria. Yo soy un producto de la realidad que la piensa dialécticamente, según las enseñanzas de Marx, Engels y Lenin. Recuerdo una cita del camarada Stalin: «Los burgueses, los explotadores, los terratenientes y los pérfidos aristócratas preparan a sus sabios para ocultar la realidad... ¡No os asombréis si sus experimentos no fallan! Toda su ciencia se dirige —como las mesas trucadas del mago de los teatros— para ocultar el verdadero mecanismo de producción de los fenómenos. Hurgad sus mangas, sus bolsillos y el doble fondo de sus galeras y sus mesas... Ésa es la realidad: la explotación, el sometimiento. Hay que destruir la ciencia espuria, que es un arma defensiva de quienes buscan detener el curso inexorable de la historia para explotar al pueblo; y desde sus laboratorios y sus gabinetes, donde pergeñan ideas sexuales, espirituales y perversas sobre la lengua, la psicología y la verdadera naturaleza de la materia, intentan aplastar el colosal avance de nuestro pueblo».

En efecto, la «comprensión», ahora que desnudamos sus dobles fondos y recursos, nos ayuda a entender una obra a partir de la práctica concreta del diálogo con el autor. Imaginad que el guión describiese, páginas más adelante, una escena que se desarrolla en un cafetín de Marsella.

«Marsella. Un cafetín. Brumas en la calle. Humo de tabaco Caporal en su interior. Vidrios empañados. Mujeres empañadas por la tristeza. Llegan dos marineros soviéticos. Toman asiento. Una mujerzuela se acerca a servirlos. Viene ahora una toma del almanaque sobre la caja registradora. Es 1972. Un retrato del contradictorio general De Gaulle junto al almanaque contribuye a situarnos en la época».

He aquí el cafetín de Marsella de mi imaginación. Si el guionista que debe

determinar la lista de piezas escenográficas, la caracterización de actores, la óptica a ser usada por las cámaras, enfrentara ese párrafo aislado: ¿producirá acaso lo mismo si lo sabe escrito por un autor determinado —supongamos el camarada Cortázar— que si fuese escrito por este autor que ahora bien ha comenzado a conocer...? No. El mismo párrafo tendrá otra óptica, otra madera, otro estaño en la barra del bar, habrá otro grado de embriaguez en las pobres *cocottes* explotadas por el gobierno chauvinista de los sionistas Dussault y Rothschild (no otros intereses expresaba De Gaulle), y eso prueba muchas cosas, y justifica esta larga introducción, que ya ha cumplido cuarenta y dos páginas y que, en homenaje a la comprensión de los camaradas trabajadores cinematográficos, durante jornadas de escritura he ido agregando sin cargo a mi proyecto de guión para Artkino.

Hacia la página setenta y dos habré completado mi retrato. Entonces comenzaré el guión propiamente dicho. Su encuadre histórico fue anticipado en el capítulo octavo. Su encuadre visual se presentará entre las páginas setenta y cinco y ciento cuarenta y cinco, con sus correspondientes diálogos.

El filme es realista, pero su personaje central sólo aparece en escena unos instantes. Conocemos su edad aproximadamente: tiene entre cuarenta y cincuenta años puesto que en las primeras escenas le hablan de sus hijos veinteañeros. Sabemos que trabaja en una organización de masas como funcionario. No conocemos su sexo y su voz corresponde a una mujer de tono grave o a un hombre de timbre afeminado. Sin embargo, está presente en el filme. Tal será el arte del director de fotografía: la presencia del personaje será señalada por la cámara, pues él es el relator y él es la cámara. Con esa finalidad, los *zooms* y los *travellings* se realizarán siempre a paso de hombre y por efecto de algún sistema hidráulico, la cámara se moverá levemente, como se mueve, por efectos de la marcha, el punto de vista de un sujeto que se desplaza. Creo que este efecto ha sido utilizado en otros excelentes filmes de origen soviético. En los instantes de acción intensa, o que implican una carga emocional fuerte en el protagonista, se truca en laboratorio la imagen de un parpadeo. Entiendo que este efecto jamás fue usado en cine: consulté telefónicamente a Julio Bo, que dirigió la excelente comedia *Amor eslavo*, y me dijo que era perfectamente realizable, y me felicitó, recomendándome registrarlo como invención antes que otros directores se apresuren a emplearlo, haciendo perder a mi filme para Artkino uno de sus elementos innovadores. Tal vez el más interesante, y el más eficaz para que el público se entregue por completo a su contemplación y salga del cine gratificado, como quien ha cenado una excelente souvaroff, ha bebido dos copas de vodka y deja el restaurante apretando los labios e hinchando los carrillos mientras acaricia su vientre en un gesto de plena satisfacción.

El relato del guión, entre las páginas setenta y dos y ciento sesenta y siete, es interrumpido tres veces para narrar la evolución de las ideas del autor. De ese modo, se favorecerá la comprensión de los artistas y técnicos de Artkino y a la vez se conocerán reflexiones y opiniones del autor de la idea, que permitirán su mejor

plasmado en imágenes.

Esos párrafos serán un tanto ensayísticos, un tanto literarios, y en verdad, confirmando las sospechas de mi esposa, estarán creados pensando en una posteridad que el cine —género perecedero si lo hay— no puede garantizar. De allí el despliegue un tanto abusivo de recursos literarios, al que me atrevo en la certeza de que los trabajadores soviéticos, una vez traducido el texto a su lengua, sabrán leerlo y disfrutarlo como literatura, entregándose durante sus horas de trabajo al placer del texto, que moviliza en ellos, dialécticamente, los resortes destinados a promover una mejor realización del filme, objetivo supremo de nuestra misión. Yo, escritor, y los artistas y trabajadores del espectáculo estamos juntos para generar una gran obra para deleite de los trabajadores del mundo, que a la vez reforzará los lazos de sangre que unen a nuestro pueblo con los artistas, los trabajadores y los dirigentes de la gloriosa URSS, cuna del socialismo.

Al finalizar el guión agregaré un par de capítulos previendo la probable edición de la obra, sea porque el éxito del filme estimule a su demanda, o porque la demanda de mis obras por parte de Offset Leningrado continúen en el futuro tan activas como hasta ahora.

Mañana pediré a Silvia que haga las gestiones en la Sociedad de Autores para que ellos registren a nombre de nuestra cooperativa de trabajo la idea técnica del parpadeo, destinada a generar un efecto de mirada de protagonista en el curso del filme. Lo he llamado Efecto de Realismo Palpebral de Fogwill, y quien quiera utilizarlo en el curso de los próximos diez años deberá pagar un derecho a nuestra sección de la Sociedad de Escritores. Concluido el plazo, mi Efecto Palpebral pasará a dominio público y cualquier artista del filme podrá recurrir a su empleo gratuitamente.

Las evasiones

ESTA mañana regresaba en mi automóvil por la autopista Celia de la Serna y debí descender a la altura de la avenida Perón a causa de un control militar destinado a detectar el movimiento de los latinistas, que por ser hoy festividad de Corpus tratarán de hacerse notar. Los latinistas son cuatro gatos, pero perturban más que el movimiento de campesinos, que nuclea medio millón de pequeños propietarios, retrógrados irrecuperables ellos también.

La avenida Perón estaba más transitada que de costumbre y grupos de jóvenes universitarios paseaban por el bulevar, yendo y viniendo de sus clases. En la esquina de Arbenz me sorprendió ver a Silvia en la cola de ómnibus: eran las once, debía estar trabajando en mi estudio, copiando mis notas y originales de ayer.

Silvia reconoció de inmediato mi Moscowa color limón y me saludó agitando su mano derecha. Vestía un tapado de lana a cuadros y medias que hacían juego con sus botas de tacos bajos. Al encontrarla entre desconocidos, pude observar que es una muchacha espigada y luminosa. El cabello oscuro la hace mayor, pero sus ojos verdes, aun a distancia, dan un aire franco, casi pueril, a sus gestos.

—Hola, camarada... —gritó mientras yo abría la puerta delantera de mi Moscowa.

—Buen día. ¿Qué está haciendo...? —pregunté.

—Vine a fotocopiar sus certificaciones a la Universidad, es más barato que hacerlo en la Sociedad de Escritores... —dijo, y me extendió una carpeta con papeles certificados. Yo había olvidado que esa mañana Silvia debía registrar mi idea de Técnica de Parpadeo y por un minuto llegué a pensar que aprovechaba mi ausencia para ir a la universidad a perder el tiempo con sus amigos.

—¿Adónde va...? —le dije, mostrándome dispuesto a llevarla.

—Iba para su casa, a entregar esto y volver a almorzar en el comedor popular del lago porque ya terminé de copiar sus notas y resúmenes de ayer, señor Fogwill —me dijo.

Yo avancé por la avenida, atestada de tránsito rumbo a mi casa, y mirando la carpeta de las copias le dije:

—Entonces... no tiene objeto que la lleve a mi casa... ¿Dónde la dejo?

Silvia miró su reloj Nevsky y vaciló un instante, mordiendo su labio inferior en actitud pensativa.

—No sé... Puedo ir antes al lago... Pensaba si valdría la pena ir hasta mi casa... Pero tengo clases a las tres y voy a llegar muy sobre la hora. Déjeme en el lago, que voy a tomar un poco de sol mientras repaso mis apuntes...

La avenida se bifurcaba a la altura de la calle Duarte. Un ramal bordea el lago de Avellaneda, y el otro se eleva y corre paralelamente a la autopista central. Tomé el ramal del lago, desde donde se ven los pequeños veleros del Club de Pioneros Revolucionarios, con los que se entrenan nuestros jóvenes. La mañana estaba fresca, pero ni una nube ocultaba el brillante sol: sería una tarde templada. Nos acercábamos al pequeño bosque que rodea el comedor popular, donde meriendan estudiantes y obreros de pavimentación y servicios públicos que trabajan por la zona.

Al llegar al bosque, detuve el automóvil. No me vendría mal una caminata junto al lago. Tal vez, eso abriría mi apetito, algo debilitado en los últimos días a causa de tanto trabajo sobre el guión del filme.

—¿Quiere caminar...? —preguntó Silvia, anticipándose.

—No estaría mal, eso pensaba ahora... —le respondí.

—Lo acompaño un rato. Me gustaría un paseo en bote, pero no sé si los miércoles alquilan. Ayer estaba cerrado.

—Veamos —dije, cerrando el Moscowa. Verifiqué que todas las puertas estuviesen trabadas y que el sistema de alarma quedara conectado antes de poner la llave, pues tengo entendido que por la zona merodean rateros y marginales que dañan y hasta roban los automóviles modernos, por el mero placer de agredir.

Caminamos por el muelle de madera. El aire fresco me estimulaba, ya no dudaba que ese mediodía comería con un apetito que desde hacía un par de semanas no sentía. Silvia abrió su cartera y me extendió un cigarrillo, un Polka nacional. Tomó otro del fondo de su cartera y reparé que estaba arrugado, pero temí ofenderla convidándola con uno de mis Morris. Encendí el suyo y nos sentamos a fumar en un banco, junto al galpón de los botes, que nos protegía de la fresca brisa del sur. Ella buscaba algo en su cartera y finalmente extrajo un pequeño cepillo. En un instante desató sus trenzas y dándome la espalda comenzó a cepillarse el pelo. Su actitud me recordó una escena de mi novela *Las horas libres*, y sus cabellos reflejaban el sol. Por un instante pensé que ella repetía aquella escena del capítulo cuarto o quinto de mi vieja y querida novela pero... ¡No podía ser...! Algo estaba mal... Yo, con mi traje de lana y mi gruesa corbata de seda cruda, junto a esa muchacha de diecinueve años, treinta y cinco menor que yo... Una hija casi... No...

—¿Se acuerda de *Las horas libres*? —preguntó.

Y entonces algo se cortó dentro de mí. Ésa es la idea: cortar, como si un hilo de carne uniese partes internas del pecho y, de pronto, la uña de una mujer, filosa, segura de sí, se clavara en la fibra y la cortara con esa clase de dolor que de inmediato provoca un gran alivio...

—Sí, claro, ¡parece que la ha leído...! —dijo preocupado.

—Sí, me gusta, a veces la leo. ¡Al fin conseguí la primera edición!

—¿Qué edición? —Me preocupé más.

—La de Papeles, de 1977. Conseguí una fotocopia reducida, me la vendió una compañera...

Sentí que el aire se tornaba un cristal: no podía respirar. Mi libro... ¡Circulaba esa edición desprolija que tanto me había costado corregir para mis nuevas ediciones, y ella...!

—Pero la nueva versión está mejor escrita. ¿No tiene mis obras?

—Sí... Pero no es lo mismo, Fogwill...

Ya no había camarada ni señor, era Fogwill. Rocé sus cabellos con el dorso de mi mano y apenas podía respirar. Ella tomó mi mano. Su piel suave engañaba: sus músculos fuertes de pionera apretaban mi mano cuando se volvió hacia mí, mirándome con firmeza:

—Entendió, perdóneme —dijo, sin dejar de acariciar mi mano.

Sentí que el aliento volvía a mí. Ya no podía fingir.

—¿Y ahora qué hacemos? —dije.

Ella debió de sentirlo como una suerte de ruego.

—Estamos juntos —me dijo.

—Sí. Estamos juntos, camarada...

—Camarada... —me respondió sonriendo. Tomé su rostro entre mis manos, su brazo derecho se apoyó en mi hombro y percibí el aroma de su cuello. Cerró los ojos.

—¿Y ahora qué hacemos? —volví a decir antes de besarla.

—Camarada... —dijo.

—Silvia...

Y había desaparecido nuevamente mi apetito. No obstante, compramos una bolsa de merienda y resolvimos almorzar lejos de la ciudad. Puse el Moskowa en la pista elevada y en pocos minutos estábamos en un balneario de Bernal, donde buscamos una dacha en alquiler por horas. El balneario se llamaba El Sol y la dacha daba al jardín. Había pocos automóviles, pero hacia la una del mediodía comenzaron a llegar coches importantes, tal vez de funcionarios de Buenos Aires que hacen sus escapadas con las secretarías de sus oficinas: poco me interesaba eso en aquel momento.

Yo no solía ser infiel a mi esposa. De hecho, no había tenido relaciones íntimas con mujeres desde poco antes del nacimiento de mi pequeña Eva, hace ya once años. Por fortuna, Silvia es una muchacha experimentada y me ayudó mucho. Por momentos, me sentí volviendo a una edad que bien sé, objetivamente, se ha perdido.

De regreso a la ciudad lo hablamos con franqueza. Era necesario analizar nuestros actos en su verdadero significado.

¿Qué queríamos cada uno del otro? ¿Qué significaban nuestros deseos? ¿No éramos víctimas de un error subjetivo, producto de la tensión provocada por el trabajo? ¿No era yo una figura poderosa, que la atraía inconscientemente por mi

posición casi privilegiada de hombre que, al fin de su carrera, dispone de ciertos frutos reservados a dirigentes? ¿No era ella para mí una manera de evadir mis responsabilidades? ¿No era —para decirlo con rigor autocrítico— lo que me impulsó hacia su amor en aquel momento una actitud contrarrevolucionaria, que me apartaba del trabajo y me descubría a los ojos de quienquiera nos viese como un díscolo que rompe el orden social, comenzando por la unidad familiar sobre la que se fundamenta la civilización socialista...?

Silvia sonreía, parecía muy serena y convencida, parecía no temer nada. ¡Silvia...!

—¿No temés?

—¿Qué? —preguntó, sorprendida.

—No sé... Lo que pueda pasar con nosotros... —dije.

—No. ¡Ya pasó mucho! Puede pasar más... ¿No? —Y prosiguió—: ¡Puede no pasar nada! Qué más da. ¡Sólo importa ser un poquito felices!

Dijo: «un poquito felices». No dijo: «lo que importa es la felicidad». ¿Qué pasaba con esa muchacha? ¿Por qué «un poquito»?

—¿Por qué un poquito? —pregunté.

—Porque todo no hay —dijo—. Así dice en un libro: todo no hay.

En ese instante no recordaba el libro. Pero después reparé que era una cita de mi compañero de estudios y amigo, Pareda, que fue un maestro para todos nosotros hasta que abrazó el anarquismo y adhirió a una secta disidente financiada por la policía capitalista: murió en la cárcel. Pobre Pareda, creo que murió convencido de que sus compañeros eran honestos...

—Todo es la patria —dije.

—Yo no me acosté con la patria hoy, creo que ustedes tampoco —dijo acariciándome.

—¿Nosotros?

—Sí, ustedes —me acariciaba y reía.

Fue peor. Cuando la dejé en su facultad me sentía aún peor que durante el episodio del lago. Antes era bella, la deseaba, pero ahora, su soltura, su displicencia y la libertad que exhibía me atraían demasiado. ¿No era esa misma libertad la que genera el arte?, me preguntaba. ¿Era todo un ardid de mujerzuela seductora? Quise apartar esa idea de mi mente y no me fue difícil: fue dulce, fue generosa: no es una mujerzuela. ¿Qué era? Debía ordenar mis ideas. Llegado a casa bebí dos copas de coñac y me dispuse a dormir la siesta. Por eso escribí durante la noche, como solía hacerlo en mi juventud: parece menos burocrático escribir cuando todos duermen. A Rita le molestó. Desde su habitación —nuestra habitación, en rigor— escucha el ruido de la máquina de escribir, y eso le molesta. Seguí ordenando mis notas y redactando mis ideas hasta este momento, cuando, según mi reloj, son las cuatro de la madrugada. Iré a la cama a las cuatro y media, como en mis viejos tiempos. Antes comeré algo caliente, para reponerme.

Tres partes

LA acción del filme debe transcurrir en el año 2018, cuando derrotados todos los focos de resistencia imperialistas y capitalistas la Argentina concluye por integrarse al Nuevo Orden Mundial, establecido por el plazo de un siglo a partir de un inteligente sistema de prerrogativas y prohibiciones que dota a cada ex país de una diferenciación arbitraria, tan arbitraria como antes fueron las diferencias de frontera, lenguaje y costumbres, que no hacían sino ocultar diferencias entre países explotados y países explotadores y su compleja red de relaciones. El ámbito urbano de Buenos Aires o de cualquier capital europea sirve para los exteriores. Bastará, para obtener las condiciones fijadas en el guión, el sencillo agregado de unas pocas carretas de bueyes, caballos, indígenas y expedicionarios, que pueden recuperarse de los planteles que abastecen filmes de caballería o de *cowboys*, algunas personas de raza cobriza, negra o mulata, y ropas de época que los museos militares argentinos podrán facilitar a los encargados de producción de Artkino.

El filme debiera ser hablado en la particular lengua que la sociedad argentina ha elegido, para que, por medio de la adulteración del español, su pueblo vaya educándose en los conceptos de la relatividad lingüística necesarios para asumir sin resistencia su próxima conversión a la lengua mundial. Por el elevado nivel educacional de la población —que, no debe dejar de señalarse, se debe a la acción de los camaradas Sarmiento y Perón— nuestro país será uno de los primeros en adoptar la nueva lengua, cuya obligatoriedad en escala mundial comenzará a regir en 2103, pero que entre nosotros entrará en vigor a partir de 2060.

La decisión a este respecto correrá por cuenta del director del filme. Yo, como autor de la idea, sugiero el empleo de la lengua española con las correcciones del caso, pero estoy dispuesto a allanarme al empleo de otro idioma, por cuanto la presencia de actores soviéticos compensará con creces la pérdida de este atractivo del filme, enriqueciendo sus imágenes con la gracia, la calidad interpretativa y el tipo físico limpio, esbelto y superior de la raza eslava.

Las ideas que ya he registrado, y los resúmenes que día a día voy preparando, sugieren a mi esposa —leal consejera— y a algunos colegas cuyo juicio suelo apreciar, que algunos temas del filme son algo atrevidos, pues tienden a poner en

evidencia ciertas contradicciones que, a pesar nuestro, aún enfrenta nuestra organización social. Pero: ¿por qué ocultarlas...? La restauración del capitalismo es impensable: la derrota del imperialismo, vaticinada por Lenin en 1918 y festejada por cuatro quintas partes de la Humanidad hace ya un lustro, es un hecho consumado. Si hasta los mismos analistas políticos del régimen imperialista la han diagnosticado.

En efecto, hoy la edición internacional del *Pravda* reproduce un artículo del Rocky Institute donde un grupo de sociólogos e historiadores capitalistas, empleando sofisticados modelos, concluyen probando que la derrota de la sociedad individualista es inexorable, en razón —dicen cínicamente— de la eficiencia de la «dictadura bolchevique». Está visto: reconocen nuestra eficiencia, y mediante aditamentos procuran ensombrear nuestros supremos logros. El informe, según resume *Pravda*, concluye recomendando una estrategia de retirada del imperialismo, que le permita gozar un par de décadas de aliento a los «hawks», que así llaman ahora a los imperialistas nostálgicos, que en su romanticismo se creen aún capaces de recuperar un palmo de territorio liberado.

Este artículo, que he recortado para exponerlo a mi esposa y a algunos camaradas que dudan sobre mi guión, ha venido a fortalecer mis opiniones: ya es hora de concluir con la hipocresía, y los artistas debemos ser sensibles a las contradicciones no antagónicas de nuestra sociedad, para contribuir a mejorarla. No vivimos en el paraíso: apenas hemos regado con nuestra sangre y limpiado de malezas con nuestro trabajo el camino hacia un mundo mejor. Si cerrásemos los ojos y cayésemos en el conformismo adocenado: ¿seríamos artistas?

—¡No! Seríamos bufones de Corte, que, bien sabemos, es lo último que quisiera de nosotros el camarada mariscal en jefe Jiménez Dozo, y es lo último que reclama de nosotros la sociedad comunista del futuro, cada día más próximo.

Hoy debimos despedir a una secretaria de la sociedad de escritores. Lo descubrió Di Paola, hace un par de semanas. La mujer entró a su oficina y le preguntó:

—¿Dónde coloco estos *curricula*?

—En el archivo —dijo Dippy.

Y después advirtió algo extraño.

—¡Camarada Laura...! —llamó.

—Sí, camarada.

—¿Usted dijo «currículums» o *curricula*?

—*Curricula*... En plural.

—¿Dónde estudió latín? —preguntó el camarada inocentemente—. Aquí todo el mundo dice «currículums».

Entonces la muchacha enrojeció y dio una explicación poco satisfactoria. Di Paola llevó sus dudas a la reunión de los viernes, donde dispusimos una celosa investigación, que probó que tal como se sospechaba, Laura pertenecía a una secta latinista.

Por ser una muchacha de buena foja de servicios, y atendiendo a su estado de

gravidez, resolvimos mantener en reserva esta información y no rendimos cuenta a la policía. No obstante, por unanimidad, acordamos despedirla: sería muy peligroso que nuestra documentación interna cayese en manos de conspiradores. Porque los latinistas, que se nutren de gente sencilla como Laura, están infiltrados por agentes restauracionistas y proimperialistas. Las pruebas las conocemos todos: hay en su organización una lealtad fundada en supersticiones religiosas que puede hacer de cualquier trabajador honrado un servil colaborador de sus sórdidos fines. Lo lamentamos, pero no podemos arriesgar el bien ganado prestigio de nuestra Sociedad de Escritores frente a otras instituciones laborales, sindicales y estatales, amparando elementos tóxicos que abusen de nuestra confianza. A Laura la había recomendado el camarada De Diego, de conducta irreprochable, no obstante se ha resuelto chequear sus movimientos para que su ficha de colaboraciones siga luciendo tan irreprochable como hasta hoy.

Silvia toma en broma a los latinistas. Me comentó, a propósito del capítulo donde narra mi diálogo con Rita, que esta cuestión religiosa era «folclore» (¡Folclore...!) y que consideraba una tontería enredarse en las discusiones internas de los fetichistas católicos. La muchacha, aunque brillante en sus juicios, no alcanza a comprender la necesidad de nuestra patria por mantener en orden a los focos desviantes. Llegó a su madurez en medio de la fase de construcción del socialismo y eso la dota de una seguridad que quienes hemos padecido las postrimerías del capitalismo jamás podremos permitirnos. ¿Quién de los nuestros —hombres de mi generación— no tiembla ante la mínima perspectiva restauracionista, en pro de la cual los retrógrados latinistas confluyen con ácratas, fascistas y demosindicalistas, para formar un magma uniforme con los burgueses y los oligarcas desplazados?

No me gusta la omnipotencia de Silvia. Tampoco comparto su desprecio hacia la religión católica: la Iglesia es un puntal de nuestra sociedad y cumple una misión espiritual que los leninistas debemos reconocer, aunque repugne a nuestra doctrina el trasfondo idealista sobre el que funda sus creencias. Hay que saber diferenciar las ideas del sentido social de su uso —eso enseñaba Engels—, y aunque la idea de fondo de los cristianos sea equívoca y falaz, no es éste el momento adecuado para resucitar argumentos que no eran sino una de las máscaras del pensamiento liberal de los pérfidos capitalistas.

Las palabras de Silvia me recordaron a los librepensadores que conocí en mi juventud. Creo, y así lo expresé en mi artículo sobre el discurso del general Torres, que el pensamiento liberal, aunque a veces coincida con nuestros postulados, es un cáncer que corroe nuestro movimiento: los librepensadores tienen una facilidad asombrosa para mimetizarse con cualquier ideología, y su soltura, fruto de la más acabada carencia de principios, les permite cambiar el lugar de emplazamiento de sus baterías ideológicas para confundir y desorientar a los revolucionarios. Mucho tenemos que aprender de los cristianos a este respecto, y muchas tareas en común nos esperan junto a ellos. Por tal razón, debo aclarar estos conceptos a la camarada Silvia

y evitar que ella y las camaradas de su círculo se transformen en depositarias de esas ideas perimidas y contrarrevolucionarias...

Envié una carta a Artkino confirmando el plan de entregas del guión y reclamando sus formularios *standard* para la presentación de normas de producción, *casting* de elencos, decorados y vestimentas...

Hoy faltaré a la reunión de la Sociedad de Escritores. No quiero asistir al enfrentamiento de Di Paola y Rocha con De Diego. En el fondo, en toda la discusión sobre la latinista exonerada se ventilan temas personales a cuya dilucidación en nada puedo contribuir. Me ha informado Rocha que la latinista Laura fue detenida mientras trataba de hacer llegar un informe al grupo de acólitos del falso obispo Craviotti. Lo lamento. Tengo entendido que su esposo, padre de la criatura que espera para julio, es un trabajador honesto que presta servicios en la Corporación de Ómnibus de los suburbios: ¡pobre hombre!

El efecto de realidad

INGRESÉ al Partido en 1977. Por diez años fui un simpatizante, a quien daban trato de camarada a causa de la amistad de algunos dirigentes que apreciaban su obra y depositaban en él las esperanzas que, por fortuna, el tiempo permitió confirmar. Después de años de aventurerismo entre 1971 y 1977, en los que oscilé embriagado entre las modas freudianas, putschista, psicodélica y estetizante que se ensañaron con nuestra clase intelectual, me entregué con todas mis fuerzas a la militancia revolucionaria dentro de la disciplina del Partido. Dieciocho años de lucha tienen al fin sus recompensas: estos pequeños privilegios con que ahora cuento, y que no reservo para mí sino que comparto con mis camaradas de la Sociedad de Escritores. Eso me otorga ciertos derechos, como es en este caso el reconocimiento de mi exclusivo interés al servicio de la patria, el socialismo, la revolución y la suprema lealtad a nuestros libertadores. Por eso puedo enfrentar las críticas, y por esa misma razón puedo escribir una autocrítica exhaustiva, sin temor a ser malinterpretado. El camarada Fogwill sirve a la revolución. El camarada Fogwill arriesga cualquiera de sus privilegios y sus pequeños intereses personales por la revolución. El camarada Fogwill pone su corazón y su pluma al servicio de la revolución, del socialismo y de la lealtad internacional proletaria hacia el ejército rojo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Aquí está el camarada Fogwill. Por eso acepta críticas y emprende la autocrítica, con la mirada alta de quien vislumbra el gran amanecer del comunismo.

Años de militancia y reflexión revolucionaria guiada por los clásicos me han enseñado que el sentido de la acción humana no es el que quien obra de tal o cual manera cree procurar, sino el resultado objetivo de su acción, medida por sus consecuencias sobre el proceso de producción, y el complejo mayor de relaciones antagónicas que la contiene, es decir, la lucha de clases.

Recuerdo que cuando un camarada exhibía un encendedor de plata, o de metal plateado, corríamos a señalar: «Camarada, no importa ahora cómo obtuvo usted ese emblema, pero está manchado por la sangre de los trabajadores, porque el metal precioso representa el poder de unos sobre otros...». Por lo general, el camarada, avergonzado, se deshacía de su encendedor, o lo empeñaba para donar ese dinero a la

causa revolucionaria.

La exhibición del ocio, las largas vacaciones, las aventuras amorosas: todo era analizado en términos de sus resultados objetivos para las relaciones de producción, las relaciones sociales y el conjunto que las define en cada etapa histórica, es decir, el particular «momento» de correlación de fuerzas sociales opuestas: la burguesía, el imperialismo y sus aliados de una parte, y el proletariado, el campesinado, los pequeños empresarios, las Fuerzas Armadas y los intelectuales revolucionarios de otra.

Es misión del intelectual revolucionario —y todo artista debe comportarse como tal— desnudar en cada uno de sus actos el sentido objetivo de su comportamiento. Veamos: he hecho tal o cual cosa. Aquí está el enemigo, aquí está mi clase y sus aliados. ¿Qué aporta cada uno de ellos al acto que acabo de cometer? ¿Y qué aporta al proceso de producción? Tal el examen cotidiano de conciencia que el intelectual debe realizar sin pasar por alto el más pequeño de sus movimientos en el seno de la sociedad civil.

Estoy enamorado de Silvia. ¿Qué refleja esto? En primer término, debo reconocer con Marx que el amor es una entidad sublime que representa, en la pequeña escala de la pareja humana (o de su familia, en tanto el amor se extiende a los hijos del amor), un modelo de armonía y entrega que prefigura la sociedad comunista del futuro, esa que aparecerá una vez sean exterminados todos los enemigos fuera y también dentro de cada uno de nosotros.

Pero sería hipócrita considerar este amor aislado de las condiciones objetivas de su irrupción: Silvia es muy joven, yo me acerco a la hora de mi fin, y esta embriaguez que el amor predispone me lleva en determinados instantes a sentir, de modo reflejo, el inmenso horizonte de vida que se abre a la muchacha. Este proyecto de falsa inmortalidad, por así llamarlo, es un sentimiento mezquino y equívoco. Una alucinación que se produce por el temor a la muerte, resabio de mis orígenes pequeñoburgueses, que, contra toda evidencia histórica, y contra las enseñanzas del marxismo y el cristianismo, convocan a la ilusión de que la vida del individuo puede realizarse fuera de la vida de la especie y vale tanto como ésta. ¿Cómo un hombre que arriesgó su vida por la revolución puede ahora caer en este mito? Es posible que la edad oriente a una consideración más tolerante hacia las cargas negativas que cada uno trae consigo, es probable, también, que la confianza en el triunfo del socialismo haya minado nuestro estado de alerta de las épocas de la guerra revolucionaria. Lo cierto es que quien conozca mi trayectoria jamás sospechará que una línea revolucionaria irreprochable puede alterarse por concesiones a un sentimiento tan efímero y adolescente como el enamoramiento.

Dos factores emocionales, reflejo de situaciones objetivas que he vivido recientemente, deben agregarse a las causas que han promovido este episodio. Por una parte, el contrato de Artkino, por completo inesperado, que ha venido a coronar mi carrera de escritor, y que con mi debilidad —producto de cierto origen de clase y

del debilitamiento de mi alerta revolucionaria— ha sido asimilado como un sentimiento egoísta de éxito, calcado del modelo burgués que aún sigue vigente en ciertos círculos: el teatro, la televisión. El segundo factor ha sido la incesante presión de mi esposa contra mi búsqueda de nuevos caminos para el arte revolucionario. Su incompreensión, su carácter ilógico, intuitivo y contradictorio, han provocado mi desapego: ella no es más mi mujer, en un sentido sexual del término. Es apenas mi esposa: la madre de mis hijos, la amada compañera de buenos y malos momentos. Pero no es mi mujer. Y ésta ha sido mi falla, mi incapacidad por entender que esta deficiencia de nuestro matrimonio merece el respeto debido a una herida de guerra, pues lo que destruyó su capacidad de entender, lo que la arrincona en esta concepción pragmática del mundo y la vuelve una *realpolitiker* de las artes, ha sido su entrega al cuidado de mis intereses, de mis hijos, de mi casa y de nuestra dacha de Pilar, a la que tantos momentos de felicidad y descanso debemos.

Conocidas las causas de mi enamoramiento, debo analizar, sin abusar de su intimidad, qué ha movido a Silvia a precipitar nuestro reciente episodio amoroso. Ella, desde su soledad adolescente, en medio de los infortunios de una familia proletaria desubicada por la reorganización industrial, con una inteligencia y sagacidad que la orienta hacia los más altos fines de la historia (estudia doctorado en estética), concentra en mí el nexo vital con ese mundo que merece, y que su origen y las condiciones actuales de la patria no le permiten frecuentar. Ese sentimiento, de naturaleza noble, debiera canalizarse mediante pautas formativas y militantes, pero ella siente —cómo no ha de sentir— que yo soy quien puede obviar esos pasos dolorosos que como muchacha proletaria debiera dar por sí misma.

No descarto que la camarada, joven y sensible testigo de mi infelicidad conyugal, haya sentido piedad hacia un pobre viejo. Es otro sentimiento noble de su parte, pero un comportamiento revolucionario exigiría de ella una mejor elaboración de ese proceder, y con la camaradería que debe reinar entre bolcheviques debió acercarse al sufriente mostrándole su camino, que, en mi caso, debió ser un mejor examen de toda la cuestión.

La pequeña se interesa por mis primeros libros. Había en ellos un éxtasis subjetivista que forzosamente ha de atraer a los jóvenes. La virilidad, la fuerza y la dignidad con que mi arte sugería un supuesto narrador —tan diferente del miserable y vacilante que era yo por esa época— ha de haberla seducido, como sedujo a tantos lectores y lectoras de entonces. El arte tiene ese efecto de construcción de imágenes ficticias, y nuestra sociedad, que aún no ha podido eliminar al artista como individuo y persevera en reforzar su imagen para fines necesarios a la etapa actual, predispone a las jóvenes conciencias a caer en la trampa de la subjetividad burguesa. Ese factor tal vez sea el más importante entre los móviles de Silvita.

Mis causas: las tuyas. Los mezquinos motivos del viejo, los elevados móviles de la niña, ambos no expresan en conjunto sino la situación actual de una sociedad que conserva los vicios del pasado. Veo con claridad después de escribir (escribir =

pensar = entender...) el significado de nuestro episodio. Revisaré sus resultados objetivos: mi familia se vería afectada, cualquiera fuese el arreglo que obtenga con Rita, los niños sufrirían. Debemos dividir nuestros bienes, yo dejaré esta casa del barrio de artistas y lo mejor de mi vida social y afectiva se habrá perdido para siempre. Por su parte, Rita no podrá formar un nuevo hogar. Quedará condenada a vegetar, y tal vez concluya, como muchas mujeres de nuestra edad, sometiéndose a los tratamientos de ansiolíticos que prodigan los médicos del pueblo. Debemos transferir o vender nuestra dacha, sería terrible...

En la Sociedad de Escritores mi situación está asegurada: ¿quién goza de tanto respeto como el camarada Fogwill, secretario de organización, editado en todas las lenguas y contratado por Artkino? Con el tiempo, la influencia de las esposas de mis colegas logrará malquistarlos conmigo. Las mujeres del Partido son enemigas de los divorcios, y las mujeres de los escritores revolucionarios influyen mucho sobre sus compañeros. No es descartable que en menos de un año mi posición como dirigente resulte afectada por mi divorcio.

«El camarada Fogwill abandonó a su mujer». Imagino la página de artes de la revista *Gente revolucionaria*, con una nota a cinco colores sobre mi caso. ¿No significará el divorcio de quien hasta hoy fue señalado como un modelo a emular por la juventud un acto de desprecio a la familia, ejecutado en el momento histórico en que la Humanidad, por motivos económicos, demográficos, ideológicos y organizativos más necesita proteger a las células irremplazables de la sociedad?

Se comprenderá el resultado de una profundización de mi relación con Silvia: mi derrota social, la destrucción anímica de mi mujer, el deterioro evolutivo de los niños, un estigma para la muchacha, y un mal para la revolución.

Esta noche hablaré con ella. La buscaré en su círculo de camaradas de la facultad con el pretexto de encargarle un trabajo para las primeras horas de la mañana. Vestido como un escritor, con mis ropas de dirigente y mi Moscowa estacionado a las puertas de la Oficina de las Juventudes Comunistas Universitarias, nadie sospechará lo nuestro.

Rita ha de haber intuido algo, pero no se atreve a interrogarme. Mis manuscritos quedan sobre la mesa: bastaría que los leyese, pero jamás se interesa en mi obra, salvo si le narro los avances de cada día, en la sobremesa, cuando los niños se marchan a sus cuartos y ella me escucha como si yo narrase un cuento a la vez que mide todo en términos de nuestro futuro bienestar y de las consecuencias que para ella y los chicos pueda tener mi trabajo. No cuentan en sus cálculos ni la revolución ni el hombre que trabaja por su obra y por la revolución. Mezquindad, pragmatismo, realismo político: desviaciones de clase.

Generaciones

OCURRIÓ que el camarada De Diego, que enseña literaturas antiguas en la Universidad Católica, desde hace un par de años ha estado asesorando a un grupo de estudiantes interesados en Virgilio. De la enseñanza pasaron a la amistad, y frecuentemente vimos a esos jóvenes ávidos de saber visitando su biblioteca y compartiendo su mesa. Entre ellos, había algunos latinistas, conscientes o inconscientes servidores del imperialismo. Ellos introdujeron en el círculo del camarada De Diego a la muchacha Laura, quien había completado su licenciatura y no planeaba seguir estudiando, y él la recomendó para el empleo en la Sociedad de Escritores. De Diego es un hombre concentrado en sus estudios, políticamente ingenuo, y fue víctima de la trampa de los latinistas, pero hoy, de todos modos, paga su responsabilidad con una suspensión de dos años, lo que implica la congelación de sus derechos de autor, el retiro de sus licencias de abastecimiento y su inhabilitación para el uso de automóvil, y una serie de inconvenientes que más que él sufrirá su familia, por cuanto él vive en su limbo, donde dialoga con Dante y Virgilio, tal su manera de servir a la revolución. Escribo esto sin ironía: en la obra de los clásicos — que tanto cultivaran Marx, Engels, Lenin y Codovilla— mucho se aprende para la construcción del socialismo. El cuidado de los tesoros del pasado es una tarea revolucionaria tan importante como la planificación del arte del porvenir, la construcción de nuevas autopistas y nuevos estadios deportivos.

La muchacha Laura perdió su embarazo, seguramente a causa de un colapso emocional. Fue condenada a seis meses de cárcel y se anuló su diploma de licenciada. Ignoro si ha cumplido tareas de espionaje entre nosotros, pero en caso afirmativo, poco servirá a la causa de los retrógrados cuando en el futuro se vea obligada a trabajar de operaria manual en alguna fábrica poco tecnificada de los suburbios. Lo lamento por su esposo: la ficha que nos llegó de su regional del Partido prueba que es un hombre simple, voluntarioso y disciplinado en el trabajo, que cumple con lealtad y honradez sus misiones en la Corporación de Ómnibus. Pobre hombre, tiene veintiocho años, y en su clase no le será fácil rehacer su vida después de semejante golpe...

Después de la reunión plenaria escribí una carta personal a De Diego,

testimoniándole mi aprecio y poniéndome a su disposición para cualquier necesidad que no pueda satisfacer hasta el fin de su suspensión. Era mi deber hacerlo: así como voté por la moción de Di Paola, y la apoyé en mi disertación, humanamente sé calibrar a hombres como De Diego, que por limitaciones personales no pueden desempeñar la misión que la revolución les encomendara. Pero es un buen hombre, y su obra es valiosísima para todos nosotros.

Terminé la carta y me disponía a salir a visitar la comisión de Silvia en la universidad cuando recibí un llamado de Messiga, el responsable de la célula de trabajo de nuestra vecindad.

Messiga es un obrero que cosechó cierta popularidad como pintor naif, y es muy querido en nuestro barrio de artistas, pues es el único hombre con sentido práctico, y nos ayuda en la planificación de arreglos y reparaciones de nuestros hogares. Tiene en su haber muchos méritos: encabeza la célula de nuestro barrio desde hace diez años, y recién después de nueve de trabajar activamente con él, cuando se publicó la historia de las jornadas de 1985, nos enteramos que había dirigido los pelotones de rescate de Puerto Belgrano, cuando la gran ofensiva imperialista. ¡Y él prefirió refugiarse en su arte en lugar de recibir los honores militares que lo esperaban, con el rango de coronel de Comandos, reservado a los civiles que heroicamente se batieron junto a los sectores de las Fuerzas Armadas que condujeron la Revolución! Me asombró su llamado.

—¡Camarada...! —dijo Messiga con su voz de glosista tanguero.

—¿Cómo va, camarada? —le respondí en su lengua.

—Bien, bien y revolucionario, camarada Fogwill... Lo hablaba para felicitarlo... Caray... ¡Qué lucha!

—¿Qué? ¿Por qué para felicitarme...? —pregunté.

—¡No va a ser porque ahora escribe en ruso, camarada! ¡Es por lo de la patrona...!

—¿Qué pasa...? —yo estaba intrigado.

—Vamos... No me va a decir que no fue usted el que la convenció de ingresar al Party.

—Ah... —dije, disimulando mi asombro—, ¿ya entregó la ficha?

—Sí, hoy... ¡Putá...! ¡Se tienen que venir a comer un asado el domingo, camarada...!

—¿Este domingo?

—Sí, vénganse con los chicos...

—Bueno, llevamos el vino y el postre nosotros, ¿eh? —prometí.

—Sí, y yo ya encargo todo... ¿No va a fallar?

—¡Ni ebrios ni burgueses les fallamos...! ¿Cómo van todos?

—Todos bien... ¡Al fin! El sábado lo veo igual en la célula, pero cualquier cosa arreglamos: ¡once y media con todo!, ¿eh?

—Sí... Gracias, camarada.

—¡Gracias a ustedes! ¡Patria o muerte!

—¡Patria o muerte, camarada Messiga!

Debí tomar un trago de mi vodka para reponerme. ¡Rita había presentado su solicitud! Esto significaba algo. Justo ahora... Estaba visto que los camaradas atribuían su ingreso al Partido a mi brega de años, pero en verdad, hace tiempo he dejado de insistir. No lo ocultaré a Messiga. Le diré todo lo que pienso y le consultaré mis actuales problemas. ¡Jamás se equivoca! Su instinto proletario y su equilibrio lo dotan de eso que sólo los grandes dirigentes de masa disponen.

Dejé mi despacho de la Sociedad de Escritores más tarde de lo previsto, y cuando llegué a las oficinas de la Juventud la reunión había terminado y los compañeros de Silvia se estaban retirando. Tropecé con ella en el portal de gruesos cristales oscuros. Un muchacho la llevaba tomada por la cintura y ella se sorprendió al verme, tomó la mano de su acompañante con su izquierda y me tendió la derecha:

—¡Camarada Fogwill! —dijo, mostrando alegría al verme.

—Buenas noches, camaradas, perdone esta invasión —me disculpé.

—¡Oh, no...! —dijo, y besó mi mejilla—. Él es Andrés...

El muchacho estrechó mi mano. Era un muchacho delgado, de unos veintitrés años, con anteojos de fino marco de metal y cabellos muy cortos. Me llamó la atención la elasticidad de sus movimientos y la serenidad que imprimía a sus actos, en especial su voz y su mirada. Tenía esa serenidad teatral de los practicantes de yoga.

—Me alegra conocerlo, Fogwill. Lo hemos leído mucho y apreciamos sus obras... Alguna vez cambiamos correspondencia...

—Ah..., ¿sí? —dije, restándole importancia. Sentí celos del muchacho, que mientras hablaba volvió a tomar a Silvia por la cintura. Las manos del muchacho eran fuertes, en contraste con la delgadez de sus líneas. Creo que Silvia advirtió mi turbación:

—Andrés es mi amigo... ¿Cómo se dice? ¿Amante? —lo consultaba con su mirada—. Fuimos novios hasta hace poco... ¡Ahora parece que podemos entendernos!

El muchacho asintió, como aprobando una lección que él mismo enseñara.

—¡Qué milagro, camarada...! —volvió a hablar ella.

—Quería hablar con usted un par de minutos, por un asunto de mañana —recité.

—Claro... Hoy me marché sin saludar, pensé que usted había salido, pero al llegar a la esquina vi su automóvil... Fue un error —se disculpó.

—Yo había salido a pie —la justifiqué—. Es la verdad. Lo de mañana es simple: necesito que antes de venir a casa retire otro juego de copias del registro. ¿Tiene el número?

—Sí. Lo guardé en mi cartera, creo que mañana estarán listas las copias autenticadas por el Comisariado de Patentes.

—Eso es lo que precisan en la Sociedad... Entonces, cuento con todo para las

diez.

—Sí, o antes. No me costará más de quince minutos...

—Bueno... ¿Los acerco? —pregunté señalando mi automóvil.

—No. Íbamos a comer algo por aquí... ¿No quiere...?

—¡Claro! —terció su amigo—. ¡Coma con nosotros...!

Miré el reloj: eran las nueve. De todos modos, en casa ya estarían cenando.

Acepté:

—Entonces, vamos, pero vayamos a mi restaurant, en la Sociedad de Escritores, nunca lo uso y me sobran tickets de visitantes.

La idea le encantó a Silvia, no así al muchacho, que, me pareció, hubiera preferido comer en los salones estudiantiles.

Le hablé:

—Si prefiere, comemos aquí...

—Oh, sí... No hay problema, Fogwill, donde usted diga...

Mientras mi Moscowa recorría las laterales del estadio Lenin, yo trataba de caracterizar al muchacho. Silvia viajaba a mi lado, él fumaba displicentemente extendido en el asiento trasero. No habló durante los diez minutos de viaje y pensé que sería un jugador de básquet, o un ayudante de cátedra de Ciencias Sociales, pero me perturbaba la seguridad con que se había referido a mi obra.

Al descender, le pregunté:

—¿Cuándo nos escribimos?

—Dos veces; hace un año, y la vez anterior, hace tres o cuatro, antes de...

Lo interrumpí:

—¿Cuál es su apellido, camarada?

—Pinzone —dijo.

¡Andrés Pinzone! El de las cartas... El muchacho que reclamaba su ingreso a la Sociedad de Escritores y que tantos problemas nos trajo con Redondo y Fuchs. Disimulé mi impresión:

—¡Bien, Pinzone! —omití el camarada—. Ahora vamos a estar en la Sociedad de Escritores. Creo que en mi última carta lo invitaba a charlar en mi despacho...

—Sí. Pero después de lo que ocurrió, preferí no acercarme.

—Vea, Pinzone, el tiempo cura algunas heridas, repara otras y abre algunas nuevas. ¡Ahora vamos a comer en paz!

—¿Por qué no? —dijo él—. Si la Sociedad de Escritores tiene un buen restaurant, para mí será como sentarme a la mesa del Círculo Policial, o en la Corporación de Horticultores...

Silvia rió, pero notando mi contrariedad, me tomó un brazo y acarició mi mano mientras decía:

—Camaradas... Algún día las secretarías voluntarias tendremos nuestro sindicato y los llevaremos a ustedes a comer con nosotros... ¡Champán y alegría literaria...!

Me causó gracia. La frase era de Iriondo, un poeta de mi juventud. Al parecer,

Andrés Pinzone también conocía el poema, pues prosiguió donde Silvia se había detenido:

—... y la tristeza diaria se derrama y acampa en la noche que nunca entenderé...
—recitó con una buena voz, franca y segura.

—... en la noche que nunca entenderé, en la noche de fuego inteligible... —
completé.

El muchacho asintió, sorprendido: no esperaba de mí esta memoria de un autor olvidado injustamente, como tampoco yo la esperaba de parte de ellos.

El restaurant estaba casi completo. Al entrar bajó el murmullo de los comensales. La mayoría me había reconocido y comentaría en voz baja a sus acompañantes que estaba presente su secretario de organización. El mozo nos condujo al reservado de los directores, con luz tenue y teléfono en la mesa. Aproveché para avisarle a mi esposa que estaba en la Sociedad y que me demoraría cenando con Silvia y su novio: me respondió que iría temprano a dormir, porque había tenido un día muy agitado: los niños ya dormían. Prometí no despertarla al llegar. Silvia escogió un fiambre y se despidió.

—Vuelvo enseguida.

Adiviné que iría al baño para maquillarse. A su paso, las mujeres de los escritores, gente mayor y vestida a la usanza burguesa, miraron sus movimientos de junco y volvieron sus ojos a nuestra mesa... Seguramente estarían pensando en un romance entre el viejo escritor y la joven actriz, y para evitar un malentendido llevé la charla con Andrés —que encargó un plato de verduras— al tema de nuestra correspondencia.

—¿Ha vuelto al Partido...? —pregunté.

—Sí: han aceptado mi presencia como observador, sin voz ni voto. Tengo prohibidas las reuniones individuales, salvo con Silvia y la otra Responsable.

—¿Cómo la otra? ¿Silvia es Responsable?

—Sí... ¿No lo sabía?

—No, acabo de enterarme. ¿Cuánto hace?

—No menos de seis meses —me informó el muchacho.

—Pero si ella... —Iba a decir que hacía cuatro meses que estaba conmigo y me había sido presentada como camarada de base, sin formación, pero lo reservé. El muchacho salió a cubrir mi vacilación.

—Es nueva... Pero su inteligencia los deslumbra. ¡O la promueven o la eliminan! No pueden hacer otra cosa. Acaba de vencer la batalla de los cabellos.

—Parece joda... —confidencíé.

—¡Es joda! Pero en otras células hubo suspensiones y castigos por lo mismo. ¡Silvia los destrozó!

—Sí... No hay duda que hace lo que quiere...

—Sí... Con todos hace lo que quiere —me dijo, no sin ironía.

—¿Con vos también? —pregunté.

—No... Creo que no... ¡Pero estuvo a punto! Creo —seguía ironizando— que soy el único hombre con el cual no pudo. Tal vez por mi situación civil...

—¿Cuál es tu situación actual?

—Vivo con un amigo. Hago traducciones, doy clases particulares. Con eso floto. En la Universidad estoy como oyente, y es posible que en la célula me obtengan la autorización para asistirlos en tareas docentes a cátedras del postgrado.

—¿Por qué postgrado?

—Porque piensan que los graduados son gente menos contaminable.

—¿Y no pueden arreglar tu situación?

—¡Autoharacrítica...! —rió—. Espero la autocrítica de ellos, y la vuestra.

—¡Ahí te equivocás, Andrés...! —le dije—. Nosotros no tenemos nada que criticar...

—En cambio, nosotros tenemos tantas críticas que elevarles que ni imaginan lo que llegaríamos a discutir si se diese una oportunidad.

—Ésta es tu oportunidad —desafié.

—¡No en esta mesa con...! —Se detuvo—. Sé lo que está pasando entre ustedes dos y soy incondicional de Silvia. Creo que en parte, lo que pasó esta semana entre ustedes en un buen comienzo de autocrítica del camarada Secretario de Organización.

Yo iba a hablar, pero, maquillada y con el cabello suelto —tal como yo había previsto—, llegaba Silvia a la mesa, seguida por las miradas de las familias de escritores del comedor. Se sentó a mi lado. Por fortuna extendió su mano izquierda, que Pinzone tomó entre las suyas. Esto tranquilizaría a los escritores del comedor. Por momentos, su mano derecha rozaba la mía en el sillón del apartado y eso me hacía sentir ridículo: con mis ropas burguesas de dirigente, entre dos estudiantes que parecían amarse... ¡Ridículo!

Cenamos en paz. Hablamos de literatura francesa de comienzos de siglo y en muchos puntos Pinzone y Silvia estuvieron de acuerdo conmigo.

Al tratar la cuestión del surrealismo, la vieja brecha volvió a abrirse. Debí haberlo evitado: tiempo atrás debimos rechazar la solicitud de Andrés, que había publicado un par de libros de poemas y uno de inteligentes ensayos sobre poética, a causa de su tesis sobre el movimiento surrealista. No recordaba bien aquello, pero sus puntos eran la defensa del arte como juego o expresión del inconsciente. El muchacho pertenecía al Partido, pero hacía profesión de fe anarquista, y alguna de sus tesis lo aproximaban a los trotskistas, por sostener el concepto de movilización del inconsciente que promovían los fanáticos de la revolución sin frenos.

Su correspondencia con la Sociedad de Escritores fue violenta. Había mucho justificable en sus apreciaciones, pero en conjunto configuró una falta de respeto, basada en el ocultamiento de la lealtad y la trayectoria revolucionaria de los dirigentes. Por eso evitamos su ingreso a la Sociedad y recomendamos al Partido una sanción disciplinaria y severa vigilancia de su comportamiento. En el Partido, tal vez cansados de las bravatas del muchacho, exageraron la nota: lo suspendieron por tres

años y le quitaron sus fichas para el acceso a cursos y cargos docentes en la facultad de Letras, donde hasta entonces era considerado un joven profesor estrella. Pero ahora estábamos juntos, y a excepción de sus ironías sólo sentía una corriente amistosa de su parte.

En un momento retomó el tema tabú:

—Ya ve, sigo con mis viejas tesis, y no pertenezco a la Sociedad de Escritores. ¡Tal vez por eso puedo ocuparme de la literatura...! Leí sus primeras novelas, las ediciones viejas... ¡Excelentes!

—No sé a qué atribuir la moda de revivir los viejos libros. Estaban llenos de errores, y bastante trabajo me dio corregirlos...

—Bien... Me gustaría, si alguna vez podemos, hablar sobre literatura... pero creo que no es éste el lugar adecuado... —dijo señalando el gran mural con la figura de Borges.

En ese momento entraba la esposa del camarada Nemirovsky con su tapado de piel imponente y aros de piedras preciosas. Opulenta —pesaría ochenta kilos—, iba repartiendo sonrisas artificiales...

—Una princesa rusa... —bromeó Silvia.

—Una cortesana —dijo Andrés, y yo asentí, justo cuando la gorda se volvía para saludarme:

—¡Hello, camarada! —graznó, enviándome un beso con sus dedos enjovados, lo que hizo reír a Silvia y movilizó miradas de censura desde alguna mesa vecina. El gordo Nemirovsky, aunque no tiene mucha obra, es muy respetado entre los escritores, por sus influencias en las Fuerzas Armadas.

—No... No es el lugar para hablar de letras... Vengan el sábado a casa... Los invito —dije.

Asintieron.

—¿A las ocho...? —pregunté, buscando confirmación.

Silvia consultó su agenda:

—¡Ocho y media...! —prometió.

—Bueno...

La charla derivó hacia temas triviales, y mientras servían los postres Andrés se disculpó, pues había olvidado su cita con el amigo que tenía el único juego de llaves de la casa, y se marchó con prisa, sin darnos tiempo a rogarle que esperase, que lo llevábamos en mi Moscowa para no llamar la atención a las familias de mis colegas.

Quedamos a solas. Bebimos nuestro vino en silencio. Yo ocupé el lugar del joven en la mesa. Estábamos frente a frente, mirándonos. Mis colegas nos miraban. Firmé la cuenta y salimos. Era una noche espléndida y volvimos a la dacha del balneario. Había una larga fila de automóviles esperando turno. Dormimos juntos y desperté a las ocho de la madrugada, por el sol. Silvia, desnuda junto a mí, parecía una belleza griega. Despertó al percibir que me estaba moviendo y me abrazó con fuerza. No era un abrazo de protección. Tampoco era sexual, quizás hubiese algo materno en ese

abrazo semidormido, y tal vez cierta solidaridad que me desconcertaba. Tampoco esta mañana pude hablar con ella, y no le entregaré el capítulo de la autocrítica para mecanografiar hasta tener más claras mis ideas. Este fin de semana reflexionaré.

La última cena

CON bastante demora han respondido los de Artkino. Poco dice su carta y sólo parcialmente satisfacen el cuestionario que remití hace ya veinticinco días. Parece mentira: tenemos un vuelo diario a Moscow (el transpolar de las cinco de la tarde) y varios refuerzos semanales, y no obstante el correo siempre consigue atrasar la correspondencia.

Me alegró enterarme que el filme —mi filme— será dirigido por Sergei Kamirov, brillante creador de *Enhorabuena*. Espero que esté al tanto de su designación y comience a recibir copias de mis comunicaciones con la productora y se mantenga al corriente de las inquietudes que elevo en mis cuestionarios a Artkino.

Ignoro quién es el tal Indaberry que firma los despachos de Moscow. Me resulta impertinente su reclamo de que antes de avanzar «aguarde las instrucciones que oportunamente se le remitirán». Mi respuesta de hoy ha sido cortés, pero en el futuro, si se repiten estas actitudes, llamaré la atención de los directores de área de la productora sobre la petulancia de este señor de apellido vascuence que firma bajo el sello de «Jefe Sección Sudamérica». ¿Qué instrucciones pretenderá que aguarde...?

He trabajado sobre el guión. Algo comenté con Andrés Pinzone en nuestra reunión del sábado. En principio, quería sondear cuánto le había informado Silvita de mi trabajo, pero sus respuestas prueban por el momento que nuestra voluntaria no ha cometido infidencia alguna. Equivocado o no, Andrés es un muchacho franco que oculta cualquier información tan poco como sus ideas, siempre en estado naciente, rudimentarias, pero de un brillo inusitado para su edad y para la naturaleza de la gente de su generación.

Preocupado por la reunión del día siguiente —ayer, domingo, en casa de los Messiga—, había olvidado la invitación a Silvia y Andrés. Al regresar de la dacha, en la tarde del sábado, conducía el Moscowa y no las tenía todas conmigo: los niños estaban fastidiados, yo arrastraba la sensación de haber olvidado un compromiso importante y mi mujer reprochaba mi decisión de volver a pasar la noche en la ciudad. Pensé en Silvia varias veces, pero algo me impedía elaborar esas imágenes que surgían libremente mientras lidiaba con el tránsito infernal de la autopista De Hoz. A partir de esas imágenes hubiese podido recordar su visita de esa noche.

Poco después de las ocho, cuando los niños subieron a sus dormitorios, escuché el timbre de la calle y recordé: ¡Silvia y Andrés...! En efecto, allí estaban ellos. Rita se sorprendió: no preveía esa visita que yo olvidé anunciarle, y mientras en la cocina improvisaba una cena para los cuatro me acerqué a ella y me disculpé. Después cenamos los cuatro en el office, informalmente. Rita fue amable con Silvia, no así con Andrés, a quien se dirigía indirectamente llamándolo «el novio de Silvia», hasta que él intervino recordándole su nombre y señalando que fue novio de Silvia hasta poco antes, pero que ahora sólo eran buenos amigos:

—Ella está enamorada de otro chico... —bromeó.

—¿Sí? —preguntó Rita dirigiéndose a Silvia—. ¿Qué hace...?

—Bromea... —respondió Silvia—. Eso es lo que él quisiera, porque no soporta a las mujeres en estado de libertad. Vos sabés —ahora la tuteaba— que los hombres se están terminando en este país...

—¡Yo creí que se habían terminado hacía mucho tiempo...! —respondió Rita, mirándonos a Andrés y a mí, que tratábamos de iniciar un diálogo más serio y menos peligroso. Entonces Rita se despidió, pues los niños la llamaban a su cuarto, y al regresar, cuando los pequeños se habían dormido, era presa de una fuerte somnolencia que probaba que una vez más había recaído en el hábito de tomar comprimidos ansiolíticos.

Después de comer fui con Andrés al living mientras Silvia preparaba los termos de café. Se acercaba la hora de reanudar nuestra discusión sobre el surrealismo, pero yo no recordaba el contenido del intercambio de cartas de hacía más de dos años.

—De algún modo —dijo él— terminé aceptando tu invitación para ir a conversar en la sagrada Sociedad de Escritores...

—Sí, pero vos mismo decías que no era un lugar adecuado para hablar sobre literatura...

—Sí, y te mostré el mural con el retrato del Borges de Palermo. Decime vos —preguntó fingiendo sinceridad—, que lo conociste... ¿Era ciego en verdad...?

—Sí... Ciego sí... —dije para corresponder su broma. Y al llegar Silvia con el café nos sorprendió riendo a carcajadas.

—¿Qué fumaron ustedes...? —dijo, riendo ella también.

Pobre Rita, casi dormida habrá escuchado nuestras risas, sin comprender lo que ocurría en la planta baja. De pronto, Andrés se puso serio y preguntó:

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esta farsa...?

—¿Qué farsa?

—Ésa: la grande —dijo, y con un ademán señaló la biblioteca que desde el estudio se extiende hasta la mitad del living.

Traté de cambiar el tema:

—No estuviste bien dejándonos solos en el restaurant de escritores... —reproché—. Mis colegas han de haber pensado mal.

—Me fue imposible, yo había perdido mis llaves, y si mi amigo se duerme no hay

manera de despertarlo. Además —agregó—, debía estar en casa para redactar mis cursos del jueves y, además..., dormir... ¡No tenía otro sitio para dormir...!

—Nosotros tampoco... —dijo Silvia, guiñándome sus ojos verdes, cómplices.

—Bravo, ¡bravo! —dijo Andrés—. Pero, volviendo a las letras, ¿qué pasó con De Diego? Es un Buen Hombre... Siempre fue tan servil con ustedes... Tan así... —Me preocupé. Trataba de adivinar cómo las noticias del episodio de la suspensión de De Diego habían llegado a Andrés, pues el criterio adoptado en la asamblea fue mantener aquello confidencial, por algunas semanas.

—¿Qué sabés de eso...? —pregunté, disimulando mi curiosidad.

—Poco. O nada. Sé que suspendieron a De Diego, que la familia está desesperada, que él no comprende cómo lo han traicionado algunos de sus mejores amigos, que hubo algo con una latinista... Pero —prosiguió— seguramente debe de haber algo más de fondo: la envidia de los haraganes... Todo eso... ¿No es verdad?

—No. Había motivos: fue suspendido por dos años —expliqué.

—¿Y vos votaste la suspensión?

—Sí, naturalmente. Soy su amigo y prometí al pobre de De Diego toda la ayuda que necesite en este trance, pero que no podía actuar de otra manera...

—¿Por qué?

—Por algo que nunca vas a comprender... Por algo que se llama madurez, Pinzone.

—Entiendo. ¡Orden del Partido!

—No. No volvés a lo mismo —me irritaba—, no es orden. Nosotros somos el Partido.

—Yo no —dijo Andrés, y ambos miramos a Silvia, que seguía atentamente nuestra conversación. Pensé que debería ser más severo y poner punto final allí mismo, pero Andrés insistió:

—Y vos, qué pensás, Silvia...

—Nada. No me interesa De Diego. Lo usaron los latinistas como antes lo pudo haber usado el Partido. Cualquiera de los dos, Partido o Romanos, lo iba a tirar al zanjón en cualquier momento, para eso están los hombres como él...

—No digas eso, Silvia —le dije. Me dolía que trataran así a De Diego.

—Bueno. No lo digo más. ¡Lo dije! —La voz de Silvia había endurecido. Andrés advirtió mi preocupación e intercedió:

—Sabes, Silvia es una chica totalitaria. Aprendió bolchevique básico, por eso habla así. Por más que entienda todo, va a ser muy bolchevique por mucho tiempo.

Silvia pareció aceptar esas palabras, que agregaron a mi ánimo más preocupaciones de las que podía administrar en aquel momento. Traté de concentrar el diálogo en la cuestión de los latinistas:

—Silvia llama a las luchas religiosas «folclore». No se da cuenta que reflejan una realidad... —sugerí a Andrés.

—En eso también es bolchevique. Sabés... Si reconociese que reflejan una

realidad, tendría que reconocer que hay mucha mierda en la realidad de la Patria Autónoma Justa Social Soviética, etcétera, que viene comprando.

—No es eso —se defendió Silvita—, vos sabés que no es por eso...

—Mirá, Andrés... Me parece que no nos entendimos. Yo soy miembro del Partido y reconozco que estamos en un proceso revolucionario que tiene sus contradicciones, pero el Partido y el socialismo me importan más que mi propia vida. Todo lo actuado por el Partido es mi responsabilidad. Aceptaré que hubo errores, admito que los habrá, pero sé que el nuestro es el mejor camino... —concluí.

—No creo nada de lo que decís. Sé bien qué estás pensando ahora. Lo único que me importa es que sepas que hay un Partido, pero que también hay algo fuera del Partido, y que afuera del Partido también hay una política. Yo estoy en ella, fuera del Partido, y, por este momento, dentro del Partido, de lástima y con los minutos contados, soy capaz de cantar la marcha con el Partido porque sé que fuera del Partido no estoy más solo...

Quedamos en silencio. Quise explicarles por qué para mí no hay caminos fuera del Partido, pero no quería avivar la discusión en vísperas del asado de Messiga, donde se oficializará para la familia el ingreso de Rita en nuestras filas. Puse una cassette de música del norte. Andrés nos ofreció compartir uno de sus cigarrillos, pero no acepté. Silvia tampoco lo fumó, tal vez por respeto hacia mi casa.

Pero antes de medianoche Andrés decidió marcharse. Ofrecí llevarlo en mi Moscowa pero dijo que prefería caminar un par de horas para ordenar sus ideas. Silvia quiso permanecer en casa un rato y lo acompañamos hasta la puerta. Ventilamos el living, donde flotaba aún el aroma del cigarrillo psicodélico de Andrés y yo sentí ganas de escribir. Me senté en mi estudio a redactar un poema mientras Silvia me cebaba mate y escuchaba música nortea. El poema le gustó. Dijo que tenía lo mejor de mi obra pasada y estuvimos abrazados largo rato. A las tres propuse llevarla a su casa, pero lo rechazó. La acompañé caminando hasta la parada de ómnibus. Había una larga fila de jóvenes obreros mal vestidos que venían de algún baile de la vecindad. Silvia los miraba con tristeza. Eran su clase, o quizás, fueron de su clase, ahora estaba conmigo, sentía que se estaba librando de algo muy duro, y de allí su tristeza: por ella, por toda esa gente que en pocos minutos, con paciencia, se hacinaría en el ómnibus suburbano a su lado.

Clases

POR la mañana ya había olvidado la provocación del joven Pinzone. Llegamos a las once a lo de Messiga. Llevábamos tres botellas de vino y un gran postre helado, que Rita eligió porque le gusta a los chicos del camarada, tres varones, dos nenas. La casa de Messiga es vecina a la nuestra, sólo dos cuadras arboladas nos separan. Fue residencia de un industrial hasta la caída del régimen, y durante un tiempo estuvo en poder del Partido. Cuando la distribución de viviendas, por unanimidad, el Comité Central se la otorgó al camarada Messiga en custodia vitalicia, pero él habita el pequeño chalet que fue de los caseros, y utiliza la mansión —una especie de museo del mal gusto burgués de la década del setenta— para reuniones de célula, asambleas barriales y alojamiento de camaradas del interior que vienen a visitarlo. Es muy grande el prestigio de Messiga entre la gente de las jornadas del 1986, porque él dirigió la columna civil que se puso a las órdenes del coronel Iturbi y actuando como batallón suicida definió la caída del foco de resistencia de Puerto Belgrano. Desde entonces Messiga es un hombre de confianza para los camaradas de la primera época, y es, al mismo tiempo, el nexo de nuestra célula de artistas e intelectuales con la clase obrera. Messiga era obrero, y seguía fiel a los hábitos de su clase, a pesar de las grandes responsabilidades que tiene en diferentes frentes de la organización.

—Bueno... Bienvenidos, camaradas... —nos recibió Messiga.

Sus chicos se alegraron al vernos. Nuestros hijos son muy amigos de los suyos, disfrutaban mucho los juegos del parque de la casa, y de inmediato se evaporaron trayéndonos tranquilidad.

La señora de Messiga vigilaba el fuego del asado. Al parecer, habían sorteado quién luciría sus dotes de asador y esta vez había ganado ella. Tiempo atrás, Messiga había hecho un gran asado con motivo del Premio Nacional de Pintura otorgado a nuestro vecino, el camarada Calaza, y su mujer se moría de celos por los elogios que él recibió con humildad, pero sin reconocer —reprochaba ella— que todo lo que sabía asar lo había aprendido espionando sus rutinas, heredadas del padre, que fue cuarteador del frigorífico de Bahía Blanca.

El asado estaría listo para las primeras horas de la tarde, pues se esperaba la visita de Calaza y Grecca —otro plástico del barrio—, que estaban demorados en una

asamblea de pintores.

—A las doce nos comemos unos choricitos... Después almorzamos con los camaradas. A eso de las dos... ¿Tá bien? —preguntó.

—Perfecto. Veremos qué hace esa mujer —respondí.

—Mirá... Saber, sabe... Pero es mina... A ellas nunca les sale tan bien...

—Puede ser. Después del postre te contesto —desafié.

—Ya sé que vas a decir... Todos los escritores dicen lo que les conviene... —dijo, y me invitó al sótano, donde había improvisado un polígono de tiro que yo aún no había visitado.

Encontré una colección de armas de guerra que me asombró: había pistolas ametralladoras, varios fusiles, escopetas de repetición del tipo utilizado contra disturbios y una bolsa que, me pareció, contenía granadas. En un banco de carpintero vi cajas de municiones y herramientas para la reparación de armas.

—¿Qué es esto...? ¡Un arsenal!

—Bueno, son las armas que quedaron a nuestro cargo. Ahora piden que las pasemos al ejército, pero se hicieron un expediente y estamos en veremos. ¡A mí me parte el alma devolverlas...!

—Me imagino. Pero es un peligro, tan al alcance de cualquiera...

—Nadie, casi nadie, conoce que están aquí, salvo los de mucha confianza... Además, si las buscan... me van a tener que sacar la llave a mí antes... —dijo.

Y me invitó a tirar. Tenía una pistola calibre 9 mm adaptada para balas de material plástico, especiales para la práctica de tiro en lugares cerrados.

—Probá suerte —incitó, y yo disparé una docena de balas. Hacía cuarenta años que no disparaba un arma, pero mi performance no fue mala: dos centros, seis blancos próximos al centro y sólo cuatro «papas».

—Tá bien, camarada —dijo mientras recargaba la pistola—, pa'un viejo es mucho...

Después disparó él: diez centros y dos blancos levemente corridos a la izquierda.

—Ve... Siempre me corro pa'la izquierda, ése ha de ser mi problema camarada...

—Pa'su edad —dije imitándolo— no es malo.

—Usted tendría que haberme visto más de joven, tirando al capitalista... Nunca erraba... —bromeó.

—Menos mal... Si no, no estaríamos aquí.

—No... Seguro, no...

Antes de salir del polígono y pasar al salón de su museo burgués desarmó la pistola y dejó sus partes móviles en una bandeja con aceite...

—Hay que cuidarlas mucho... Nunca se sabe —se disculpó.

—No, nunca.

En el salón bebimos un vermouth y le conté las alternativas de mi guión para Artkino. Él me animó a contarle todo, y en un momento dijo:

—¡Estos rusos están jodiendo demasiado...! A todos lo mismo.

—¿Qué a todos?

—Mire, camarada... Le deben a cada santo una vela... Usted sabe...

—No... No sé.

—Ya va a ver... Ya va a ver: a cada santo una vela le deben éstos... Pero festejemos... ¡Ahora su Patrona es la camarada Rita...! Eso es bueno.

—¿Por qué tan bueno? —pregunté.

—Es bueno... El Partido precisa gente y más gente... Y más ahora.

—Fue una idea de hace mucho —le dije—, estuve quince años insistiéndole para que entrase y... —me sinceré—, justo ahora, que hace seis meses que no le estoy encima, se decidió.

—Quién sabe si fue por eso... Hay que dejar que la manzana caiga sola para hacer el dulce... Eso dicen.

—Será... Pero... ¿Por qué habla, camarada, que justo ahora se precisa gente...?

—¿Porque va a haber menos...?

—¿Cómo menos?

—Sí, camarada. Muchos la van a ligar. No sabemos cuáles... Pero muchos se caen o muchos caemos... —dijo.

Me miraba fijamente, como escrutando cuánto sabía yo de alguna expulsión masiva. Yo no sabía nada de eso:

—No sé de qué me habla. ¿Qué pasó?

—Pasa lo que pasa, lo que tiene que pasar: algo se traman. ¿No lo hablaron a usted?

—No. No sabía que hubiera problemas. ¿Quién trama?

—De arriba traman. Se ve venir: de arriba. La querían toda para ellos, tiraron de la soga, y ahora encontraron que no hay más. Más no se les da.

—Bueno... Espero que no pase nada grave.

—Grave... Vaya'saber. Por mí, que pase. No anduvimos jugando a la revolución al pedo, eso está visto...

—Nadie jugó, cada uno hizo lo que pudo.

—Sí, pero algunos se quieren quedar con todo...

—Ya se va a limpiar... —tranqualicé.

—Y si no... Limpiamos nosotros, camarada.

—Sí... Pero afuera es peor. No pasa día sin problemas con latinistas, trotskistas, saboteadores... —relativicé.

—Ésos no son problema. Inflan los problemas para asustar. Están todos así —mostró la palma de su mano, como si tuviera algo en el puño—, está inflado: de los latinistas de la misa la mitad eran colados, del ejército, para hacer bulto y justificar los presos...

—¿Está seguro?

—Seguro que yo los vi. Querían meter más presos... A los chicos esos los soltaron. Metieron en cambio algunos camaradas de las fábricas que les habían dicho

que no a la sogá.

—¿Qué sogá?

—La sogá... La cuestión de los sueldos supernumerarios y eso. Pasó en muchos sitios: había gente de la trenza de ellos que cobraba doble sueldo. Hubo un paro en Avellaneda, y ahora hay camaradas del sindicato que aparecen presos con los latinistas. ¡Una vergüenza...! Y lo peor: no escuchan a nadie.

—¿Y qué va a pasar? —me preocupé.

—Va a pasar lo que va a pasar... Pero yo ya até la sogá. Donde estemos nosotros —daba por descontado que yo sería uno de ellos— no hay más sogá. Ni una les perdonamos.

—Vea, nosotros en la Sociedad de Escritores no sabemos nada de esto... —le dije—. Tratamos otros problemas que no tienen nada que ver... Pero si en el barrio pasa algo, hágamelo saber...

—Bueno, se lo digo: quieren que demos ruso en la escuela, que devolvamos los fierros, que cambiemos el voto contra la edificación de casas de lujo para los militares —lleva la cuenta con sus dedos—, que aceptemos un camarada de dirección en las reuniones de célula, que desalojemos a los nacionalistas de las casas y que presentemos informe diario del movimiento de trotskistas... ¿Le parece?

—¿Qué trotskistas...? ¿Hay?

—Lllaman trotskistas a todos los que no son de los curas: a los afeminados, a los anarquistas, a los chicos vagos, todos son trotskistas... Pero, cómo no van a ser vagos si no les dan trabajo ni los dejan entrar en los institutos a estudiar...

—Eso es cierto... —asentí.

—Ése va a ser el tema de la reunión: las responsabilidades de la célula en esas cosas. Por eso es importante que venga su señora y que usted se arrime.

—Cuenta conmigo. Pero voy a revisar un poco en la Sociedad de Escritores, a ver qué ecos tienen allí de todo lo que me cuenta...

—Algo han de saber... Averigüemos... Va a ser de utilidad... La reunión es el jueves.

En ayunas, el vermouthe me embriagaba. Salimos al jardín y me tendí en una reposera al sol. Casi me dormí cuando estuvieron a punto los chorizos y comimos unos sándwiches con los chicos, parados alrededor de la parrilla.

Datos

BEBÍ más de lo habitual durante el asado. A los postres, después del brindis por el ingreso de mi esposa al Partido me ganó el sueño y me recosté sobre otra reposera del jardín del camarada Messiga, para disfrutar del tibio solcito de mayo. Pero me dormí. Debo de haber dormido más de una hora. Al despertar escuché, lejano, el griterío de los chicos jugando fútbol. Poco después me asombró oír la voz de Rita, dirigiéndose en ruso a la señora de Messiga, que años atrás fue su profesora. Detrás, en una mesa de mármol del parque, dialogaban Messiga con Calaza —ex juez y Premio Nacional de Pintura— y Grecca, otro pintor amigo. Me pareció registrar que cuando se acercaban las mujeres bajaban el volumen de sus voces. Un par de veces me consta haberlos oído cambiar de tema para ocultar su diálogo a Rita y Violeta, la mujer de Messiga. Hablaban de la reunión de célula del jueves. Messiga convencía a los pintores para que se opusieran a todas las recientes instrucciones del Partido. Después hablaron de mí. Me indignó escuchar la voz de Grecca:

—Está liquidado. Es un hombre de paja...

—No es cierto —le replicaba Messiga—, hablé con él. Confío en él.

—No tenés por qué confiar —respondió Grecca—, nunca hizo nada. Fue siempre para donde iba el viento, nunca hizo otra cosa...

Sentí ganas de incorporarme y poner a Grecca en su lugar. No tenía derecho a hablar en esos términos sobre mí, pero preferí seguir oyendo. Grecca y Calaza censuraban a Messiga por haberme anticipado la posición que llevaría a la reunión del jueves. Messiga me defendía, contándome entre quienes apoyaría sus ideas. Yo estaba semidormido, había bebido demasiado y esa cuestión me excedía: jamás esperé una actitud de indisciplina por parte de los camaradas de la célula del barrio, pero aún confiaba en Messiga —sigo confiando—, y supongo que sabe bien lo que hace. ¿Podré dar esta página a transcribir a Silvia...? Hoy mismo hablaré con ella.

Diario

TUVE una semana muy mala. Escribí durante la mañana del lunes y desde entonces no he podido sentarme a trabajar en orden. Hoy trataré. Mi esposa ha llevado a los niños a pasar el fin de semana en la dacha. Yo, pretextando las reuniones en la Sociedad de Escritores y una conferencia telefónica pendiente con Artkino, quedé solo, y tendré todo el fin de semana para escribir y para pensar, después de tantos días de tensiones y sobresaltos. He citado a Silvia a las cuatro: hablaré con ella y pondremos nuestras cosas en claro. Demasiados problemas en la célula del barrio, en la Sociedad de Escritores y en casa han ido acumulándose como para que pueda arrastrar también una situación ambigua con Silvia y Andrés.

El lunes a mediodía comenté en la Sociedad de Escritores el nuevo panorama de nuestra célula barrial. Di Paola me recomendó que me alejase de Messiga y su gente y Jacoby fue honesto al manifestarme que se veía en la obligación de elevar el problema a Nemirovsky. Yo mismo pensaba hacerlo en algún momento de charla informal, pero al parecer Jacoby pidió una reunión esa misma noche en casa del camarada Nemirovsky y analizaron el problema. Resultado: la célula del Partido de la Sociedad de Escritores me prohibió participar de la reunión de la célula del barrio y me reclamó que enviara un poder amplio para representarme al camarada D'Angelo, un profesor de pintura que hace poco se ha mudado a nuestra sección.

Supe después por Rita, que votó junto a D'Angelo y otros —Grecca entre ellos—, que la reunión fue breve, que se resolvió dejar en suspenso por el plazo de cuarenta y cinco días el estado de asamblea y que se alejó a Messiga de la coordinación de tareas, por el mismo plazo, encomendándole un trabajo de relevamiento de los sistemas de urbanización que se han aplicado en Rosario, a donde lo han enviado a observar un seminario organizado por la División de Planeamiento de Viviendas de Ejército. De ese modo, todo el conflicto latente y la agitación que promovía el grupito de Messiga ha entrado en un paréntesis, a la espera de novedades en el ámbito político nacional. Se informa que adelantarán el plenario del Partido que debía realizarse en agosto para la primer quincena de junio.

Mi reunión del martes con Nemirovsky fue desconcertante. Por una parte, me comunica que él personalmente asumirá mi representación ante las oficinas locales de

Artkino, que gestionará otro anticipo para solventar mi trabajo, pues el guión está atrasando mi producción literaria y la entrega de mis viejas obras revisadas a Offset Leningrado, y por otra, censura toda mi producción hasta el momento. Me sorprendió encontrarlo al tanto de mis comunicaciones con Artkino, y recién al finalizar la reunión me enteró que desde Moscú envían a la Sección Informaciones del Estado, donde él revista, una copia de todas las correspondencias.

La obra de Nemirovsky es escueta y madura. Su primer libro, aparecido en las postrimerías de los años setenta era una colección de poemas en prosa, que, retomando la tradición judía de la cábala, elaboraba conceptos de la alquimia y los aplicaba a la figura de algunos escritores en boga. Era un libro idealista y, recuerdo ahora, estaba dedicado al irracionalista suizo Gustav Jung. Posteriormente, su obra comenzó a enfocar el tema social, hasta culminar en su larga oda *El martillo del pueblo*, que era un canto a la alianza entre Partido y Fuerzas Armadas, lanzado poco antes de la batalla final. Nemirovsky es un hombre de ideas, más que un creador. Su lucidez política y su hábil diplomacia lo han llevado al lugar de responsabilidad que actualmente ocupa —es secretario de exterior de la Sociedad de Escritores—, y es un hábil nexo entre los escritores y otros sectores profesionales y gubernamentales, misión que desempeña con conciencia de su deber. Lo aprecio, con todo lo que esta expresión puede indicar, y si alguna vez he criticado su obra literaria lo hice desde el espíritu solidario de una crítica interna y fraternal, que en momento alguno dejará de reconocer cuánto debe la profesión literaria a su sacrificada actividad gremial.

Tuve fama de escritor polémico, pero nada hay que más me desagrade que la polémica inconducente entre escritores. Eso lo aprendí en 1980, cuando el enojoso episodio de la empresa Piñeiro, que tantos sinsabores me acarreó. Yo era joven, y envanecido por el éxito de mis primeras obras escribí un ensayo sobre un escritor que era entonces muy apreciado (el tan publicitado Sabattini) y a quien quizás nadie recuerde ahora. El tal Sabattini, autor de una novela famosa, había sido contratado por un grupo financiero para redactar, dentro de un manual que formulaba su proyecto político de dominación nacional, el capítulo correspondiente a la literatura. Casualmente cayó en mis manos ese extenso volumen, donde diversas personalidades de las ciencias y las técnicas del control social se expedían sobre cómo debía ser la Argentina del futuro. Con pie de imprenta de la Fundación Piñeiro —tal el nombre del grupo financiero que condujo el proyecto—, el volumen cubría todas las áreas que los cabecillas de esa mafia consideraban en el supuesto caso de acceder al poder. Por un azar, las actividades de aquel grupo cayeron en desgracia y sus jefes fueron a dar a la cárcel, acusados de los más graves delitos económicos. Por otro azar, el volumen de bases de su estrategia, rotulado *Pensar la Argentina*, llegó a mis manos, ofreciéndome el instrumento más apto para la destrucción del tal Sabattini: disponía entonces de la prueba flagrante de su carácter de asalariado de la pluma, me permitía exponerlo a mis lectores como sirviendo a los intereses de un grupo que, en oportunidad de la aparición de mi ensayo, era exhibido como muestra de la peor

delincuencia económica y, a la vez, se prestaba para desmontar el mecanismo de su retórica del peor gusto.

«En mis tiempos de estudiante íbamos con otros compañeros a las casuchas de cinc que en medio de aguas verdosas rodeaban los frigoríficos de Berisso, y veíamos amontonados en un cuarto infecto a familias enteras...». Esta frase, de la página noventa y dos del informe de Sabattini, me sirvió para ejemplificar el mecanismo hipócrita y embrutecedor de la adjetivación burguesa («familias amontonadas» / «cuarto infecto») y para arrojar a un ridículo de aguas verdosas al pobre escriba. Yo no podía desaprovechar la gran oportunidad que el azar me brindaba gratuitamente, y de inmediato publiqué mi ensayo. Por entonces, mi grupo de camaradas literarios se mofaba del culto de las «potencias oscuras» que los escritores oficiales hacían y que mucho preocupaba a mi víctima, pero la difusión de mi análisis fue una prueba de la existencia de otros «poderes del submundo»: las distribuidoras dejaron de ofertar mis libros, mi novela *Efectos personales* fue descartada de un concurso en el que era finalista, la prensa dejó de hablar de mí, excepto para atacarme, y una cortina de silencio cayó sobre mi obra. Desde entonces he aprendido a mantener relaciones cordiales con los escritores, y jamás volveré a cometer errores como aquel de mis primeros ejercicios críticos, aunque se dirijan a figuras condenadas al temprano olvido, como la del tal Ernesto Sabattini.

Conciencia, consignas

«OBEDECÍA órdenes», dijeron los juzgados en Núremberg. No es mi caso: siempre he actuado según mi conciencia. Y no «subjetivamente»: jamás aceptaría que se califique como «impulsivo» o «personal» a alguno de mis actos conscientes. Conciencia es la dialéctica entre lo que uno desea, una vez descartado de ese conjunto de impulsos y vocaciones confusas aquello que se opone al bien común, y lo que se sabe que es la necesidad objetiva de la etapa, a partir de lo que el Partido — conciencia de las masas— ha definido como consigna, esto es, finalidad colectiva, que debe anteponerse a cualquier desviación de la conducta personal.

Es simple: cuanto más clara aparece nuestra intención como opuesta a las decisiones de la organización que nos representa, y cuanto más nítida resulta la validez de nuestro punto de vista como contradictorio con los intereses o a las decisiones de la organización, más fácil resulta comprender las razones de una acción colectiva, conducida por el Partido, a la que toda subjetividad debe allanarse.

Los hombres como Messiga no lo pueden ver. Reconozcamos: han dado mucho por la revolución, no solamente han arriesgado su vida (¿qué valía la vida de un hombre después de tantas acciones en las que ya se la consideraba perdida?). También han vencido fuerzas más intensas: el instinto de conservación, la fatiga, el desencanto, el halago de los éxitos fáciles. Pero no puede olvidarse que los hombres como Messiga se formaron en las postrimerías del capitalismo y en el seno de la clase que debió soportar todo el embate de la ideología capitalista. Obreros sometidos a jornadas agobiantes, en trabajos insalubres, lejos de sus hogares, con viviendas precarias donde hacinados debían compartir su pan con familiares ancianos o enfermos y niños embrutecidos por la televisión y la vida semisalvaje de las bandas callejeras. En ese clima, no es difícil que germinen las semillas de una subjetividad enfermiza y desviante que en el caso de Messiga adoptó la forma del militarismo anárquico. ¿Cómo dudar de la validez de sus críticas...? Todo marxista puede compartirlas, hacerlas suyas, y aun llevarlas a la organización. Pero un marxista que por su posición privilegiada de dirigente puede contar con los instrumentos conceptuales para operar en su conciencia una evaluación razonable de los términos antagónicos, jamás elevaría sus críticas con el estilo y el tono con que el reciente

grupúsculo provocador lo hizo. Insisto en mi conclusión: se comprende, pero no se justifica políticamente esa postura contrarrevolucionaria.

Por eso me enerva que Nemirovsky quiera vincularme al grupúsculo. Fue honesto al reconocer la misión capital desempeñada por Rita en el desenmascaramiento de las intenciones de Messiga, pero en momento alguno, en sus informes a la dirección, se refirió a mi foja personal de servicios revolucionarios, ni al hecho de que, en mi propio frente de la Sociedad de Escritores, mi posición fue explicitada y discutida con todos los camaradas de célula, y si alguna vez mis opiniones pudieron diferir de las del Partido, jamás fueron manifestadas al exterior ni alentaron jamás una posición sectaria o fraccionista. ¿Es justificada la posición de Nemirovsky...?

Comprendo que sus responsabilidades a menudo lo abrumen, y que en momentos de crisis, como el definido por la lucha, en lo externo, contra los latinistas y, en lo interno, contra la fracción anárquico-trotskyista de los grupos de base, el trabajo lo exceda. Pero él bien pudo delegar algunas responsabilidades, y en los casos en que la prisa podía tener resultados tan negativos, como arrojar sombras de dudas sobre la conducta de un camarada, debió de asumir las desventajas de una acción más lenta y pausada, para conjurar el riesgo de decisiones que a todas luces resultan arbitrarias. Como en el caso del desviante Messiga, puedo explicar y aceptar el comportamiento del camarada Nemirovsky, pero en modo alguno lo justifico: ha sido injusto.

Por fortuna, hoy Rita ha llevado a los niños a la dacha y pasaré el fin de semana solo. Pude escribir, podré corregir, planificar los próximos días y reunirme con Silvia para poner en claro todo lo nuestro. Vendrá a las cuatro.

La hora de citar

AYER, sábado, volví a mi viejo hábito de escribir por las noches y reordené un par de ensayos postergados a causa de la actividad de la Sociedad de Escritores, la novela de Jorge Sain y el guión de Artkino. Es asombroso cómo la soledad estimula la concentración en el trabajo y predispone favorablemente para la creación y para el goce de pequeños placeres que, como paréntesis de la actividad normal, uno se permite cuando está lejos de la familia. Aun las malas noticias (siempre el teléfono suena y adivino: «¡Malas noticias!», y en efecto, descuelgo el tubo, digo: «Familia Fogwill», y escucho una voz cuyo timbre inconfundible me confirma: malas noticias), cuando uno es dueño de sí y no se siente, como poetizaba Claudel «todo el tiempo manipulado, todo el tiempo imbécil entre cosas y personas hechas en serie», pueden resistirse. Tuve tres llamados: Nemirovsky, Luciano y Andrés Pinzone. Tres llamados: tres malas noticias. Las resistí.

Nemirovsky, al parecer, sólo quería aguar mi fin de semana, pues se limitó a sugerir que el lunes nos reuniríamos y que debíamos revisar otra carpeta con cargos contra mí. No dijo cuáles.

Luciano, de la célula del barrio, me informó que Messiga se encuentra detenido en una unidad militar de Rosario y que se lo procesará a la brevedad, una vez que el Partido presente su informe.

Andrés Pinzone me anunció que no se reuniría a cenar con nosotros —yo pensaba cenar con él y Silvia en algún bodegón de estudiantes—, pues su compañero de departamento estaba con graves problemas, que, intuyo, deben de tener alguna relación con el escándalo de los latinistas en la Universidad.

En un día corriente esos llamados me hubiesen abatido. Sin embargo, al llegar Silvia a las cuatro en punto, me encontró trabajando con la misma energía con que inicié mi actividad a las diez de la mañana, cuando desperté y me descubrí solo en la casa.

Quise hablar con ella, pero no me atreví a hacerlo directamente. Mientras terminaba de redactar unas páginas le entregué los originales de los últimos días para que, al leerlos, comprendiese mejor mi posición. Seguí escribiendo mientras ella leía y continué con el ensayo sobre Sain cuando, finalizada la lectura, resolvió preparar

una torta en la cocina de Rita.

A las cinco y media tomamos el té. Oscurecía. Pensé en los chicos, con su madre en la dacha, recordé los llamados telefónicos del mediodía, comenté con Silvia el mensaje de Andrés —eso la preocupó— y hablamos de literatura argentina de la década del sesenta. No me atrevía a tratar la cuestión pendiente con ella. Después la ayudé con la limpieza de tazas y platos, había quemado una pieza del nuevo juego de cocina de Rita preparando un delicioso bizcochuelo, y pasamos al living. Ella quería escuchar música. Tampoco parecía interesada en enfrentar ese diálogo tantos días postergado. Finalmente habló:

—¿Teníamos que arreglar algo hoy?

—Sí. Ya lo leíste...

—Sí. Está todo muy claro para mí... —dijo.

—Para mí no —respondí, y le pregunté directamente por qué, al comenzar su trabajo de voluntaria en casa, me había ocultado que ya era responsable de célula en la Universidad.

—Por órdenes del Partido.

—Quiere decir que mentías...

—No... Al comienzo, hasta antes de mi enfermedad...

—¿Y después?

—Después no. Algo cambió. No me pedían más informes, algo... Que vos sospecharás...

—No... Sospecho que algo anda mal, pero no sé qué es...

Silvia vaciló un instante y recuerdo que dijo:

—¡Rita!

No pude creerlo. Se me heló la espalda, pensé en los chicos en la dacha, pronto irían a dormir a su cuarto del altillo. Pensé en el fuego de la chimenea de la dacha, pensé en Rita y en los años que vivimos juntos. Sólo después me atreví a preguntar.

—¿Qué sabés, objetivamente...?

—Nada. Sospecho. Ellos tenían informes sobre nosotros. No de todo, pero sí de cosas que hablamos durante el trabajo. Sólo Rita pudo elevarlos. Los informes que vi no hacían cargos contra vos... Pero eran de Rita. O tuyos. Sólo de uno de ustedes pudieron salir. Sospeché que me estaban poniendo a prueba, que vos estabas complicado con ellos para probar si yo era leal... Pero después de las charlas con Andrés me tranquilicé: era Rita.

Rita: ¡mi amada esposa de porquería! No podía dejar de pensar en mis hijos, los suyos. Traté de comprender. Silvia me sugirió que de ese modo Rita pagaba los años de matrimonio, los años de desprecio en los que fue administrando mi carrera de escritor mientras ella envejecía y se apagaba a mi lado, sirviéndome. Sentí piedad. Por un instante. Después sentí odio, rabia. Angustia. ¿Estaba terminado? Sí. Lo nuestro había terminado. ¿Y mi lugar? ¿Y los chicos? ¿Y la carrera?

—Terminado... —dijo Silvia. Por un momento ella lloró. Le pregunté qué

sucedía. No respondió. Tal vez estaba viéndome morir. Tal vez pensaba en Andrés y en su compañero de departamento complicado con los latinistas, también él expulsado de la Universidad.

—Ya ves... —dijo, compuesta—, no hay mucho por hablar...

—No —le dije. Pensé que no había mucho para hablar, y que yo tampoco tenía con quién hablar.

Extrañé a Andrés. Pensé en los camaradas de la Sociedad de Escritores. ¿En quién confiar? De Diego, Scolnik, Pauls, Ceijas. Todos los hombres que me merecían confianza eran políticamente inmaduros, de nada serviría hablar con ellos. Por un instante me sentí atrapado. Después algo sucedió que me permitió ver todo más claramente. Creo que fue una decisión infantil.

—Silvia... ¡Vamos a ir a cenar a la Sociedad de Escritores juntos, esta noche!

—Estás loco.

—Sí. Pero vamos a ir. ¿Me acompañás?

Respondió afirmativamente. Nos fuimos a acostar y dormimos un par de horas. Al salir de casa eran las diez y pedí por teléfono al restaurant de la Sociedad reservasen una mesa para dos.

Discessus

¡LAS caras de Sánchez Sorondo y su aburrida mujer cuando me vieron entrar en el restaurant de la Sociedad de Escritores con Silvia...! Cenaban con dos *advenae* del Ministerio de Planeamiento y sus grotescas cónyuges. No me saludaron. Al pasar junto a su mesa percibí lateralmente la inquietud de Ana Sánchez Sorondo, que sostenía su tenedor como en un fotograma congelado. Al sentarme vi que murmuraban, pero no eran los únicos. También Manzur, que estaba con sus amigos de Proletariado Gráfico, no bien descubrió nuestra presencia dijo algo al oído de su mujer, que no nos quitó los ojos de encima toda la noche.

Nos atendió Domingo, el mozo joven, con quien siempre simpatizamos. Silvia lo conocía, él la tuteó. Silvia respondió a su saludo.

—¡*Eheus...!*

—¡*Eheus Domina...!* —retribuyó Domingo, y se retiró a buscar el menú a una mesa vecina. El intercambio de saludos llamó mi atención.

—¿De dónde se conocen...? —pregunté a Silvia.

—Fue mi alumno de latín...

—¿Dónde? ¿En la Universidad? —No podía creer que en la Sociedad de Escritores revistara un mozo universitario.

—No... En un curso que dictaba Andrés... Cubrí algunas clases cuando él estuvo enfermo... Domingo se llama ahora Pío y casi habla a la perfección el sermo —agregó. Quise saber si era cristiano pero no me atreví a preguntar directamente.

—Qué extraño, un mozo preocupado por el humanismo... —expresé.

—No es eso, es anarquista, ya lo deben saber todos, pues le han iniciado un sumario... Él lo ha reconocido.

Miré la figura ágil y despreocupada de nuestro mozo. Jamás hubiese imaginado que fuese un desviante, y no podía comprender cómo se movía con soltura —sonrió al entregarme el menú— estando sumariado. Silvia notó mi desconcierto...

—*Alea jacta est*. ¿Qué puede hacer el pobre...?

—No sé... Revisar su conducta... Defender su empleo... Sumariado ahora sería terrible, ¿dónde va a trabajar?

—Muchos confían en conservar sus empleos o en ser trasladados a lugares menos

expuestos. No pueden echar a todo el mundo que disiente, nadie más trabajaría... — bromeó.

—No creo que haya muchos disidentes sumariados...

—Creo que desde el lunes habrá otro más —dijo, señalando a la familia de Nemirovsky, que ingresaba al salón con sus amigos y sus pedantes hijos. El gordo no me saludó, aunque estoy seguro de que me había reconocido al entrar.

—¿Vos creés que me atacarán...?

—Estoy segura. Han hecho todo lo necesario para ponerte en una situación de no retorno...

Esperaba esa confirmación. Hacía horas que necesitaba saber la opinión de Silvia, y entonces dije:

—Antes de acostarnos, hoy, tomé una decisión: me largo. No sé cómo hacer, pero me largo. ¿Venís conmigo?

—¿Cómo...?

—Tengo algo de dinero en casa, y tal vez pueda retirar algo de la caja de la Sociedad de Escritores. Mañana es domingo. No notarán si estoy ausente. Tengo treinta y ocho horas, de alguna manera saldré.

—¿Me estás invitando...? No tengo un peso...

—Sí, creo que necesito que vengas conmigo...

—Vamos a hablar con Andrés... Lo veo a las dos en la casa de una compañera de la Universidad...

Mientras cenábamos comencé a simular tranquilidad. Antes de pagar, pasé por la mesa de Nemirovsky y estreché su mano, prometiéndole asistir a la reunión del lunes. Lo tomé por sorpresa. Habrá pensado que soy un ingenuo. Al salir, forcé el saludo a la mesa de Manzur y a la de Sánchez Sorondo, y junto de la puerta tomé el brazo de Silvia: pronto Rita lo sabría.

Silvia me acompañó a mi despacho del primer piso. El sereno me saludó servilmente: no estaba al tanto de nada. En mi escritorio guardaba un sobre con dinero y la llave de la caja de la oficina. En la caja había mucho dinero, tomé solamente cien mil pesos rojos, nadie notaría su falta hasta promediar la semana. Silvia parecía excitada con la aventura. Parecía un filme, comentó...

—¿De amor o de aventuras...? —se preguntaba.

—Policial... Pero con final feliz... —le prometí.

De regreso a casa cambié mi ropa y recogí el dinero. Dejé un sobre con veinte mil pesos en la caja de la cocina, para los gastos de la familia, y empaqué unas pocas cosas en un bolso de mano. Entre ellas, las notas de este famoso guión para Artkino y los microfilms de mi obra completa y de la correspondencia que mantuve en los últimos años.

A las dos estábamos en la casa de Martha, una amiga de Silvia, donde esperamos largo rato la llegada de Andrés. Era el hogar de una familia de funcionarios, padres de la muchacha, que estaban de vacaciones en el sur. Había varios jóvenes de la

Universidad que no reconocí, aunque comprobé que todos sabían quién era yo. Al parecer, debían reunirse para tratar cuestiones de opositores, y mi presencia los inhibía. Martha me invitó a subir a una habitación a descansar y se lo agradecí. No tenía sueño, pero me resultaba violenta la expectativa del grupo, en el que, estaba seguro, habría algún espía del Partido o del ejército, y a pocos metros por encima de ellos me puse a redactar estas páginas en una vieja máquina de escribir mientras en la planta baja Silvia y Andrés discutían con sus compañeros.

Sic fata tulerunt

¡TANTO tiempo pasado sin escribir y me reclama Armando Octavus algo nuevo para publicar...! No puedo defraudarlo: su influencia y el apoyo de sus amigos... ¡Tanto les debo! Este apartamento en Connought, donde ahora escribo mientras Silvia prepara su clase de inglés, el empleo —casi simbólico— de asesor en la Biblioteca Hispanoamericana de la Universidad, que me permite estos pequeños lujos que comparto con Silvia, la promesa (que no dudo se cumplirá, pues aquí toda palabra empeñada tiene valor de ley) de la edición inglesa de mis obras juveniles traducidas de las versiones originales de los años setenta... No puedo negarme a un pedido de Octavus. Pero tampoco puedo, a seis meses de mi llegada a esta ciudad, enfrentar la redacción de una nueva obra. ¿Sobre qué escribir...? Lejos de mi patria, lejos de mis hijos y con tan escuetas noticias tuyas. Encandilado aún por la nueva lengua en la que debo desempeñarme y confundido por este modo de vida tan diferente al que Silvia y yo comenzamos a habituarnos mientras tratamos de tolerar nuestra convivencia, ¿qué puedo escribir? ¿Cómo contar si no sé lo que veo y a veces creo soñar, y al despertar cada mañana imagino que la jornada anterior y estos días vividos en New York son un sueño placentero, estimulado por el calor de los leños humeando aún en mi dacha de Pilar...?

Si fuese más joven, escribiría una nueva obra, empeñándome en volcar sobre ella todo el fuego de mis deseos de libertad, recobrada para mi patria. Pero no soy joven, no hay tal fuego y la libertad a recuperar me parece ahora tan improbable como el olor del quebracho quemándose lentamente en mi hogar. Y la embriaguez de mis pequeños éxitos en las academias provinciales de Buenos Aires, y el griterío de los niños, que a veces creo recordar en los gritos de los niños de nuestros vecinos cubanos y mexicanos, evocándome todo lo perdido. Algunas noches escribo poemas o proyectos de poemas. Una idea obstinada, sin nombre, es fácil de representar en palabras para quien lleva tantos años rondando en la creencia de que esa vez, la última vez, podrá volcarla entera en el papel. Pero no puedo prometer una obra a Octavus y a sus amigos de la Sociedad de Escritores Libres de América: el agradecimiento y la lealtad que debo a estos hombres maravillosos me impiden prometer lo que sé que no puedo cumplir, y a la vez me impiden escribir una obra que

simule confianza y emociones que están cada día más lejos de mis posibilidades de sentir.

Si estuviese Andrés con nosotros todo sería distinto. Pero Andrés prefirió quedarse en Buenos Aires y dar esa batalla imposible, que sólo sirve al interés de simplificadores autoritarios como Nemirovsky. Andrés lo sabe, pero no quiso hacer algo diferente. «Ésta es mi *opera*» nos dijo, en latín. Y ahora Silvia pasa sus noches en blanco, pensando que tal vez debió quedarse a su lado y quemar su vida en la *opera* de los libertarios, los latinistas, los trotskistas y los nacionalistas, que, a su manera, estallan como fuegos de artificio para que unos pocos testigos de sus actos en las grandes ciudades del sur levanten la mirada y suspiren mientras los ven caer, apagándose, sobre los techos de las casas y los cuarteles que a esas horas ya han sido invadidos por el sueño. Comprendo a Silvia y entiendo que si sus deseos de crear no se canalizan hacia alguna actividad literaria sistemática y consecuente será difícil distraerla de la nostalgia de nuestra gente. A veces intenta contagiarme su ánimo:

—¿Y tus hijos...? ¿Qué pasará con tus hijos...? —pregunta.

—Ya vendrán con nosotros. Confío en ellos. ¡Son mis hijos, saben quién es su padre...! —miento.

Y Silvia, pobre, sabe que estoy mintiendo y finge creerme y finge lamentar su pesimismo y su nostalgia, en medio de este mundo que mi compañía, con la ayuda de Octavs y otros admiradores de mi obra, está poniendo a su disposición.

Ahora también ella ha comenzado a reclamar que escriba. Entiende que la gente de la Sociedad de Escritores Libres comprende nuestra situación, pero me reclama obras. Hoy, al anochecer, mientras regresábamos en taxi de un concierto en el Lincoln Center, me ha insistido:

—Tendrías que escribir esto. En español, para que alguien alguna vez pueda leerlo en Argentina.

—Tal vez, tal vez tengas razón, pero no puedo. ¿Qué fue esto...? —pregunté—. ¿Un concierto? ¿Una ceremonia...?

—*You'll never change...!* —respondió en inglés.

Y entonces comenzamos a discutir en inglés, y el chofer se volvió un par de veces y debí abrir la ventanilla del taxi porque sentí una sensación de ahogo, producto de la opresión del idioma y de la presión que Silvia aplica para obligarme a decir alguna frase irreparable.

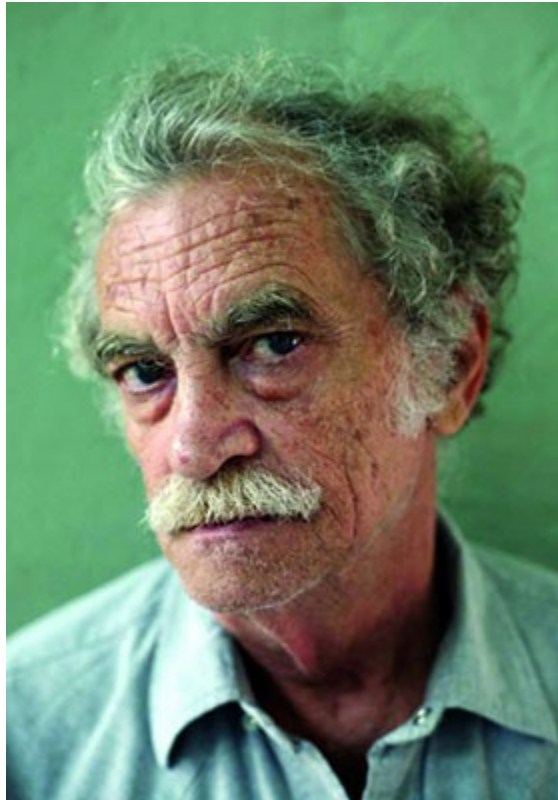
Pero no habrá frases irreparables. Esta noche, ella ha tomado sus somníferos y duerme. Veo su cuerpo joven sobre la cama desde la puerta de mi estudio, y si dejo de escribir por un instante percibo el ritmo sereno de su respiración. Está viva. Estamos vivos y estoy vivo cuando dejo de escribir y me parece sentir su olor llegando desde el cuarto al estudio. Algo de lo que ahora escribo se me ocurrió en el concierto: no hay obra posible para Octavs y sus amigos. Queda un retazo de lo último escrito en Buenos Aires, los microfilms con mi correspondencia de estos años y los originales de mi guión para Artkino. Un par de ajustes a la serie de veintitantos capítulos y una

corrección de estilo bastarán para que con este pequeño agregado pueda construir una obra que, si no tiene el valor literario que tantos esperarán de mí, tendrá cierto valor testimonial de los últimos días del escritor en su país. Eso podrán leerlo en mi Artkino todos los lectores.

Y quien esté familiarizado con mi tierra o con mi obra anterior, encontrará algún testimonio de mi destino de escribir, que, como esta tarde en el teatro, a veces me parece que sólo es una transacción entre lo que se puede decir y lo que no se puede decir, o entre lo que se debe y lo que no se debe decir. O pensar. O entre lo que se puede pensar y lo que no se puede pensar, sea porque no es y nunca ha sido o, tal vez, porque sólo es cuando es mirado sin ánimo de aplicarlo al ejercicio de la literatura.

Siento que estos meses de adaptación a una nueva vida me han hecho bien. Alguna verdad se puede recoger de esta experiencia de vivir en una sociedad «mejor». ¡Pienso que vengo de la sociedad «mejor» y vuelvo a encontrar una sociedad «mejor» que aquélla, y que si ser «mejor» sólo sirve para escribir por primera vez en tantos años, mi desencanto...! Creo que he hallado una manera de concluir una obra que desde el comienzo no era sino una sucesión de fracasos. Este texto de la noche del concierto, jueves, veintidós de agosto, verano de 2015 en New York puede cerrar la historia de mi abortado guión para Artkino. No quiero revisarla. No quiero asistir a su edición ni a la ceremonia de su presentación en la Sociedad de Escritores Libres. Imagino esas caras y me pesa aún más el clima asfixiante de esta noche americana. Corregiré ya mismo y pediré a Silvia que integre estas tres páginas a mi vieja Artkino. Y cualquier duda sobre el ordenamiento de las notas, las correcciones de estilo y el ensamble general de la obra tendrá que resolverla como pueda, según su criterio. ¡Que sirva para algo!

•



RODOLFO ENRIQUE FOGWILL (Buenos Aires, 1941-2010). Sociólogo, titulado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde fue docente y profesor titular. Es autor, entre otras obras, de las novelas *Los pichiciegos* (1983), *Vivir afuera* (1998), *La experiencia sensible* (2001), *En otro orden de cosas* (2002), *Urbana* (2003) y *Un guión para Artkino* (2009); de los libros de poemas *Partes del todo* (1990), *Lo dado* (2001), *Canción de paz* (2003) y *Últimos movimientos* (2004); y de los volúmenes de relatos *Ejércitos imaginarios* (1983), *Pájaros de la cabeza* (1985), *Muchacha Punk* (1992), *Restos diurnos* (1993) y *Cantos de marineros en las pampas* (1998). Sus ensayos e intervenciones de prensa fueron compilados en *Los libros de la guerra* (2008). Su obra narrativa fue traducida al alemán, hebreo, francés, inglés, portugués y chino mandarín. En 2003 obtuvo la beca Guggenheim y en 2004 el Premio Nacional de Literatura.

Notas

[1] *Un gui3n para Artkino* ha sido publicado este mismo a3o [2009] en Argentina por dicha editorial. <<